

AMERICA

Revista de la Universidad Nacional de Quito



AMERICA

AMERICA

Revista de Cultura Indohispánica

DIRECTORES:

ALFREDO MARTINEZ

GUILLERMO BUSTAMANTE

AUGUSTO ARIAS

Tomo V.

AMERICA

DIRECTORES :

ALFREDO MARTINEZ
GUILLERMO BUSTAMANTE
AUGUSTO ARIAS

SUMARIO

América	<i>Editoriales</i>
Santiago Arguello	<i>Juan Montalvo</i>
R. Romero y Cordero	<i>Juan Montalvo</i>
Juan Montalvo	<i>Filosofía Montalvina</i>
R. Crespo Toral	<i>Guanabara</i>
Oscar Efrén Reyes	<i>El Comunismo del Imperio Incaico</i>
Guillermo Bustamante	<i>Poesías</i>
Eugenio D' Ors	<i>Mensaje de un buen europeo que se acerca nuevamente a América</i>
Gaspar L. Venavento	<i>Poesías</i>
Antonio Montalvo	<i>La Teoría Supranacionalista</i>
Víctor J. Guevara	<i>La Filosofía del Supranaciona- lismo</i>
J. Carrera Andrade	<i>Poesías</i>
F. Diez de Medina	<i>Los Poetas del Ecuador</i>
Bibliografía - <i>ND</i>	

AMERICA

Revista de cultura indohispánica

Precio del ejemplar . . . S/. 0,50
Entrega de 12 ejemplares . „ 5,00

DIRECCION POSTAL:

Revista AMERICA

APARTADO NÚM. 75. QUITO, ECUADOR, S. A.

*Está en circulación el primer libro impreso por la
Editorial Revista "La Sierra".
El primer volumen de la Biblioteca Ideólogos
Indolatinos se inicia con*

FILOSOFIA DEL SUPRANACIONALISMO

Por Víctor J. Guevara

Prólogo de Franz Tamayo. Colofón de Jorge Basadre.

"Filosofía del Supranacionalismo", es un libro orgánico pleno de anhelos supranacionales. Su misión es organizadora. Sus páginas están saturadas de hondo amor demiúrgico por todo lo humano. En este libro de combate se plantea, desde nuevos postulados de derecho internacional, la libertad práctica de la prensa.

Precio del ejemplar: **Dos Soles.** En papel Snov: **Tres Soles**

**PEDIDOS A LA EDITORIAL REVISTA "LA SIERRA",
Camana 116. Apartado 10. Lima, Perú.**

Solicite un ejemplar en las librerías de los Srs. Antonio Lucio Paredes y Arsenio Briz Sánchez, de esta ciudad.

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura Hispánica
De Filosofía y Letras Ciencias
y Educación, Misceláneas y Documentos

DIRECTOR:

J. GARCIA MONGE

DIRECCIÓN:

Apartado Letra X.
San José de Costa Rica, Centro América

NOSOTROS

Revista mensual de Letras, Arte,
Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

SUSCRIPCIÓN ANUAL OCHO D LARES

Dirección y Administración:

Lavalle 1430. U. T. (38) 4341 Mayo
BUENOS AIRES, ARGENTINA

SINTESIS

Revista mensual de Ciencias
y Letras

Director:

MARTÍN S. NOEL

Secretario General:

HECTOR G. RAMOS MEJÍA

Suscripción anual . . . \$f. 10.

Redacción y Administración:

Patricios 1750 — U. T. — 21.

Barracas 0037. Buenos Aires.

Revista de las Españas

Publicación mensual de la

Unión Ibero Americana

SUSCRIPCIÓN ANUAL:

15 Pesetas

Dirección:

Calle de Los Madrozo N°. 9

Madrid, España

LA SIERRA

Organo de la Juventud
Renovadora Andina

De Letras, Ciencias, Arte, Historia,
Ciencias Sociales y Polémica.

Suscripción: Dos dólares

Directores:

J. GUILLERMO GUEVARA

AMADEO DE LA TORRE.

Apartado N°. 10

Lima, Perú

CULTURA VENEZOLANA

REVISTA MENSUAL

Director:

JOSÉ A. TAGLIA FERRO

Suscripción anual, 6 dólares

Dirección:

Apartado N°. 293

Caracas, Venezuela

MERCURIO PERUANO

Revista de Ciencias Sociales
y Letras

Director—Fundador

VICTOR ANDRÉS BELAUNDE

Suscripción: 6 dólares

Apartado N°. 176

Lima, Perú

Nueva Revista Peruana

Directores:

ALBERTO URETA

MARIANO IBÉRICO

ALBERTO ULLOA

Suscripción anual: \$f. 2

Dirección:

Casilla de correo

Núms. 128 y 281

Lima, Perú

AMERICA

AÑO V

Quito, Ecuador, Abril de 1930

Nº. 40

EDITORIALES

Estamos de nuevo en el frente. AMERICA ES EN nuestras manos lo que el guijarro en la honda de David. Lo hemos tomado limpio, después de lavarlo en la fuente del espíritu, para lanzarlo, con la fuerza del optimismo sobre la frente del Gollat de la indiferencia, de la sombra. Si el guijarro radiante explota como una granada, habremos triunfado plenamente.

Los deseos que nos animan en esta nueva salida son los mismos de ayer: llevar nuestra voz de concordia por el vasto continente americano y atraer el tesoro de los corazones que nos llaman *hermanos*.

Cuando agitamos, por vez primera, la banderola de nuestros ideales, dimos a la juventud el mejor fruto de nuestras vendimias. Si algo nos quedó en el alma, lo guardamos para la juventud de mañana. Nuestro lema es: La lámpara de tu espíritu ha de alumbrar para tí y para los demás. Así cumplimos un mandato de Fraternidad: Haced de América un gran corazón para ofrecerlo al mundo.

*

La sombra del Maestro va tomando magnitudes grandiosas. Su nombre es para la juventud pan sustancioso, agua vivificante, energía milagrosa, centella torturante, resplandor de epopeya, melodía

de todo sendero. Es algo que compone la esencia de la vida. Su recuerdo imperecedero, su palabra apostólica, su obra gigantesca se ha filtrado en nuestro ser como una lluvia de luz fructificadora.

El nombre de Juan Montalvo es ya un símbolo, una promesa, un faro, un grito de redención.

Para que nuestros entusiasmos no resulten aislados, estériles, hemos llevado afuera la sinceridad de nuestra palabra, a la que están respondiendo ecuatorianos distinguidos, guardadores de una gloria auténtica y, más que todo, creadores de una obra que será la fiel expresión de sus sentimientos para el Maestro: el *Premio Montalvo*, galardón que consistirá en la donación de un valor capaz de satisfacer el mérito de una obra literaria que, por medio de un concurso anual, se otorgará al autor de la mejor obra literaria.

Ya es una realidad lo que ayer fue un viejo proyecto. Actualmente se adhieren y firman nuestra invitación personajes distinguidos en las letras, en la política, en el arte . . . (1)

Y ahora, que la sombra gloriosa del Cervantes de América nos acompañe.

*

Plácenos honrar estas páginas con un estudio sobre Montalvo del Dr. Argüello, nuestro ilustre amigo, alto poeta y escritor admirable, para quien tenemos una deuda muy grata.

(1) Próximamente publicaremos la nómina de las personas que han suscrito el proyecto para la creación del *Premio Montalvo*.—Anotemos, complacidos, los nombres del Dr. Isidro Ayora, que nos ha ofrecido su valioso contingente, y el de Don Miguel Ángel Albornoz, depositario de los valores.



Juan Montalvo

JUAN MONTALVO

APOSTOLADO EBULLISCENTE

La figura que voy a diseñaros es la del muy ilustre Señor Don Juan Montalvo, hidalgo y noble en las prosapias de la pluma, como un Conde - Duque de las Letras y de la Dignidad.

El apostolado de Montalvo---si así puede llamársele---es muy distinto del apostolado de Rodó. La voz de Rodó se oía poco, y quedaba flotando, por lo distante que sonaba, en un platónico deleite, sin penetrar en la entraña de la convicción. Montalvo, en cambio, atruena por la proximidad de su vecina y por la fuerza tonante de sus vibraciones. Rodó sonaba a cosa fresca, a cosa pura, a cosa leda: céfiro en frondas, cuchicheo de fontana, silabear de río. Montalvo suena a trueno, a terremoto, a ciclón. Rodó era como una idea - iris y un consejo - colmena. Montalvo no es idea, ni es consejo; porque en él las palabras casi no fluyen de la mente, sino del pecho enardecido y volcánico; porque sus enseñanzas no son de dulce miel, sino de lava, que, si enseña, es sólo a calcinar; y de piedra, que, si enseña, es sólo a lapidar; y de trepidación de terremoto, que, si enseña, es sólo a derrumbar. Porque no fue su vida entera sino un perpetuo duelo de la libertad contra la tiranía; porque su verbo fue como una forja de palabras, en la que siempre se veía un martillo de ciclope en su mano, unos huesos de déspota crujendo triturados y una cadena enrojecida rechinando bajo los martillazos.

LA ARISTOCRACIA Y EL LIBERALISMO UNIFICADOS EN BELLEZA

Para muchos, habrá de ser cosa difícil comprender cómo se juntan en Montalvo su aristocracia con su liberalismo, ya que usualmente se entiende por aristocracia la de los pergaminos,

por liberalismo el desconocimiento de toda selección. Mas ambos sentimientos, que, contemplados por bajo, parecen antagónicos y miranse con hurañez, al elevarse con Montalvo, concuerdan y se funden en el vértice común de su altura. En él, la aristocracia y el liberalismo son como dos gemelos lactándose en los senos de la Madre Belleza. La Belleza es una aristocracia: por eso fue aristócrata. Pero el amor y la piedad, la libertad y la justicia, son asimismo como cuatro formas de lo Bello, cuatro formas que fueron en Montalvo las cuatro piedras angulares de su liberalismo. Por eso digo que su aristocracia y su liberalismo hermanábanse en él en la unidad de la Belleza. El amó y fue piadoso. Aborreció el delito, como odió lo vulgar, casi estéticamente: porque el delito es feo, y lo vulgar repugnante. Y como odió al delito; y como tuvo amor y piedad, justicia y libertad, escarneció la tiranía, porque impidió andar a los hombres, y vilipendió al fanatismo, porque impidió crecer a los espíritus. La Belleza lo llevó a combatir. La Belleza le dió la aristocracia. Y la Belleza lo hizo liberal.

El alto liberalismo de Montalvo es el que abre las puertas a todas las posibilidades y a todas las aptitudes, sin restricción de herencias, y sienta a su diestra a todos los valores, sin preguntar de dónde vienen; pero no se alucina con esas igualdades absurdas ---virus gangrenoso de las democracias--- que, lo mismo en los hombres que en la naturaleza, no saben distinguir entre una planicie y una cumbre, entre un Cuasimodo y un Narciso o entre un sargentón y un Alejandro.

En su liberalismo cabe su aristocracia, porque ésta no significa en él la arbitrariedad de un privilegio, sino el merecimiento de una selección. Es la aristocracia de la flor en la rama. No se pregunta en qué árbol nace. Es flor. Tiene perfume. Y eso basta.

ARTE Y PASION, CELAJE Y TRUENO

Montalvo no es, a fin de cuentas, ---lo mismo que Rodó--- sino un artista de la pluma, para quien fue la vida misma sólo una sucesión de temas literarios, ocasiones de florecer en frases y conceptos rítmicos, materia de belleza, como las canteras para el estatuario, como los sonidos para el músico, como las piedras preciosas para el orfebrista. Sólo cuando de los peligros de la libertad tratábase, la pluma se hacía erupcionante; y, entonces, en el artista de retorcidos cabrilleos se avivaba la sangre con la

brasa suprema que calienta la yerta epidermis del estilo y que hace barbotar en hervores de geniales pasiones el pecho de la Musa. Un crepúsculo es florido o tormentoso. Pincel de artista para tarde serena; pincel fulmíneo sobre lienzo de plomo para las tempestades. Así Montalvo: en la quietud apacible de su celda de artista, florecía, como el crepúsculo, en celajes; pero, en las iras santas por libertad y por justicia, los celajes se trocaban en truenos y las rosas celestes fulminaban en rayos.

CAUSE Y DESBORDE

Raros maridajes conciértanse en Montalvo como escritor. En primer lugar-- como lo indica atinadamente Rodó--, vióse en él lo que antes no se había visto en nuestras letras continentales: la fusión del atilado y sabio ejecutar y del couocimiento reflexivo y clásico, con los arrebatos del éstra y la ígnea ebullición del artista; el cauce fabricado que sabe a donde va, con la corriente arrolladora e inspirada, hecha para brincar en las quebradas, despeñarse en los saltos y tenderse en las abiertas llanadas. Montalvo hizo el milagro de juntar en él esas dos excelencias divorciadas: es vivaz y fluyente como la inspiración, y es macizo como el carácter y sabio y consciente como la reflexión. Hubo en él como un milagro de águilas: la serenidad del vuelo junto al vigor del picotazo. Su pluma tuvo la función de las llamas: que cuando hay espacios para alumbrar, alumbran; pero que cuando hay herrumbres para fundir, las funden; y cuando hay inmundicias para abrasar, abrasan.

SOPLO NUEVO EN BOCA VIEJA. SAVIA VIVA EN TERRON MUERTO

Otro raro connubio de su péñola es el que pudo refundir en esa prosa de hoy la forma venerable que fue con el aliento renovador que será. Si se juzgara de él apenas por su vocabulario, por los moldes verbales de su pensamiento, habría de pensarse en algún exhumado capuchino español, arcaico y raro, descoyuntado y demodado, enmohecido de siglos, oliente a cripta, envuelto, como en una mortaja, en prosa muerta; mas, si se ahonna de él, tras la corteza de la forma verbal se encontrará un alma

vibrante de contemporaneidad, globulosa, ferruginada por una ideología de avance, muy de su tiempo y muy de lo futuro. Y aquí viene otro motivo de asombro: el de cómo este macizo escritor pudo espareir y aun alentar en sí esa savia vivificadora, ese erecto carácter personal, ese señorío de su libre pensar, nacido como lo fue y nutrido y educado entre ambientes de reacción, de criterios antidiluvianos, de fósiles filosofías, de políticas de presbiterio, de esclavizantes sumisiones, en la fe, en la enseñanza, en la administración y hasta en el hogar.

La razón de este enigma hay que buscarla en el vigor sin medida de una personalidad cuya fuerza de independencia llegó hasta no dejarse influir por el ambiente humano. Los más de los hombres vivimos de prestado, hablando en frases hechas y pensamientos hechos, sacando de la inclusa mental los huérfanos anónimos de nuestra ideología, para lanzarlos a la calle vestidos con esos trajes de alquiler de los lugares comunes. Somos reflejos, en pensamiento y expresión. Mas Juan Montalvo, esa rara excepción de personal independencia, era de aquellos que ya nacen autónomos aun en medio de la esclavitud. La ramplonería de la literatura ambiente no lo contagió, ni la mogigatería del sentir y el pensar alcanzó a mutilarle el cerebro ni a encadenarle el albedrío. Plutón de sí propio, él mismo se forjó su armadura sobre los yunques de su voluntad. Lo único que en él se refleja es lo grandioso de aquella abrupta naturaleza circundante. La montaña le prestó sus granitos; el Tungurahua le enseñó a ser lava; los hondos boscajes pensativos le indujeron a la meditación, y los llanos inmensos a la libertad; y el viento, que en esos llanos tiende su crinado galope arrastrando consigo el carro de relámpagos de la tempestad, le condensó en el cráneo un cerebro de centella, y en el pecho le coaguló un pampero corazón de huracán.

Y es que los seres buscan, para manifestarse, la naturaleza adecuada a su manifestación; y, a su vez, la naturaleza procura ayudar con vientre ubérrimo al desarrollo de esos seres. En senos de gigantes, encarnaciones de colosos. Los Pindos hacen a las abejas, como los Andes hicieron a los cóndores. Esos volcanes que sobre la columna vertebral de los Andes asestan telescopios de fuego hacia los soles infinitos, parece que avivan en los hombres la intensidad de las visiones, y que hacen que se sientan hermanos, en la unidad del vientre de la luz y el calor, el pensamiento sideral que es el Sol, y el sol de ideas que dentro del cráneo de los hombres se llama pensamiento.

Imaginaos a un sér nacido en 1833, en un ambiente de Santo Oficio, bajo la férula del atavismo hinchado y rezador, en un pueblo que aun llevaba bajo la tela del vestido las señales del correaje colonial; y que, a pesar de todo eso, logra hacer de su pluma ariete de libertades, puñal de Bruto para los cesarismos, cráter de enseñanzas hirvientes y de proclamas eruptivas, y decidme si tal flor de exasperada autonomía no es, por solo, materia para futuros bronces o perdurables mármoles; si no debe mirársele como una de esas simientes guardadas por Dios en sus graneros eternos, y que, al llegar los cíclicos momentos de las siembras humanas, El va dejando caer, como semillas de Infinito, sobre los surcos de los pueblos, para fecundarlos.

Porque eso fue Montalvo: el genio del momento propicio; la semilla caída del Granero Divino: despertador de las conciencias aletargadas por el vasallaje; filtro estimulante para las dignidades y lava calcinadora para las tiranías.

Pero hay que entender bien lo que es la libertad, para saber, por el contraste, lo que es la tiranía; ya que no pocas veces hemos confundido libertad con desborde y tiranía con gobierno. Porque habéis de saber que en la idea de la libertad no se halla excluída la de la sujeción; que todos nos hallamos sujetos, natural y fatalmente sujetos, como las piezas de una máquina en la mecánica total. Desde el átomo al mundo, cuanto vive, sujeto está a esas leyes que rigen en la vida del Orbe. Si libres para el acto, sujetos por la consecuencia. Podéis ejercitar la gula; más no lo hacéis, porque al violar las leyes de la higiene, la violación enferma. Podéis tocar los hilos de un alambre eléctrico; pero no los tocáis, porque esa violación os condena a la pena capital. Por todas partes, leyes! Leyes físicas, leyes morales... Fuerzas que en verdad nos sujetan, pero para conducirnos, por su conocimiento, en el sendero de nuestro progreso. Hay hombres con nombre de Gobierno, que son los representantes de esas leyes en el orden social, a fin de que en los declives del hondular humano puedan fluir rectamente los seres y las razas. Pero hay también otros que con igual nominación, no son sino sujetadores arbitrarios, aplicadores bastardos del capricho, concupiscencias con poder, egoísmos con cetro, que sujetan en pro de su ambición y asestan el cristal de su imperio sobre las miras de su propio provecho. Y éstos sí son los déspotas. Esas sí son las fuerzas malas, fuerzas de ma-

go negro, ante cuyos embates deben juntarse todos los corazones viriles, como piedras graníticas formando el rompeolas de la dignidad; contra cuyas descargas hay que fundir almas de acero, para que las despóticas tormentas tengan que hacerse añicos estrellándose en pararrayos de valor.

La fuerza y el poder son o infernales o divinos, según su aplicación: si para todos, quien los emplea es un guía; si para él solo, quien los aplica es un tirano.

La libertad no es, pues, la irrestricción. La libertad es el poder de seguir nuestro destino, no entrabado, sino ayudado, por sabias restricciones. Los pueblos, en su avidez de niños, cegados por el ansia de la campiña libre y el correteo a campo abierto, han pretendido a veces romper toda atadura, violando la ley de la sumisión gerárquica hacia el educador; y, huyendo de todo mandato, han caído en el mandato ciego de un apetito sin control; y, acribillados después por los mordiscos sueltos de su propia anarquía, y espantados por ese despotismo del desorden que imprudentes soltaron, claman entonces por el puño unitario, buscan entonces la unidad que rompieron, aunque sea la unidad del grillete; y huyendo de los furiosos dientes de esa libertad que guillotina, tienen que ir a caer entre las forjas en que funden sus tronos los Napoleones de la tierra.

Los déspotas de Juan Montalvo no son, pues, todos cuantos ordenan y dirigen. Sus déspotas son: los vampiros coronados que viven de la sangre del pueblo; los mutiladores de la ciudadanía; los que oscurecen el camino a los hombres, para poder violar ante ellos sin protesta las leyes divinas y humanas. Contra éstos sí se encienden las piras en la palabra de Montalvo. Y, en nombre de esa libertad bien comprendida, van las centellas de su verbal tormenta contra todos los déspotas: contra el despotismo de uno, que es lo que se ha llamado tiranía, y contra el despotismo de todos, que se llama anarquía. Hay que ser libres, pero dentro de la inflexible restricción de una ley. Porque la libertad sin restricción es la tiranía del caos.

* *

Para comprender lo exótico que en aquellos ambientes era Juan Montalvo, y poder abarcar, en consecuencia, toda la estupenda pujanza que su obra de escritor requería, hay que

pensar en el estado moral y material del Ecuador en la época en que aquel floreció.

Todos los pueblos eran una ruina hecha pueblos. Pueblos escrofulosos, engendros de senilidad, fetos de raza carcomida, que entre harapos durmieran en una incubadora de opacas telareñas. La propia capital, estacionaria y parálitica, hallábase como desvitalizada, tal como la dejó el coloniaje, con pocos habitantes y todavía con más pocos hombres. ¡Nidada de indios entre plumajes de barberie! La vida apenas se sentía. La vida se asfixiaba de silencio. A veces, como una rasgadura de aquel silencio trágico, la monorrítmica sandalia de cuero de un indio recargado, o el trotar quejumbroso de una cabalgadura; y, como más tremebundo resonar---bronceos símbolos de dos esclavitudes---, el clarinazo de un lejano cuartel, el de la servidumbre de los cuerpos, y el esquilón de un campanario, el de la esclavitud de los espíritus.

Los indios, casi colindantes con las bestias de carga. Acémilas humanas, nacieron para el surco. Sobre la horizontalidad de sus espina dorsales, son sus espaldas como cuadernos vivientes en que escribe con sangre la fusta de los capataces.

¡Oh, qué lejos estamos de aquellos indios prepotentes, de los indios atlántidas, de los indios magos, prodigiosos de fuerza, que yacen sepultados en los escombros de granito de su escalera de montañas! Esos indios de ahora padecen si el látigo les falta, en la nostalgia del ultraje. Flores de esclavitud entre plantíos de abyección. Cascarones humanos en que apenas alientan espíritus bovinos. Formas de seres libres con las almas uncidas.

Era el Ecuador de entonces un conglomerado de docilidades ignorantes sobre las que dominaba una minoría de déspotas. La indiada no tenía, ni podía tener, un gesto rebelde y autonómico. Sobre el hábito de la coyunda, que les había mutilado el vigor y los tenía sujetos por una convicción de carboneros, el ayuno del aula les quitaba toda posibilidad de redención. Sus pueblos vivían lejos de toda civilización exterior a merced de unos amos que hacían hasta el dulce Cristo, de aquella abeja que libertó con mieles, un arma de exterminio moral y un hermano del látigo y del yugo. Ambiente de año mil, temerosos de hecatombe, nublado de polvaredas de terremoto, negro de ignorancia, rojo de sangre y de hogueras, inquisidor y refractario a la luz. ¿Qué podía entender de libertades ese ganado humano, ese ergástulo por inconciencia, esa sumisión por rutina?

Pues bien, allí era donde debía hacer surgir el manantial de la vida entre los riscos de lo estéril la pluma que blandió Juan Montalvo. Allí, en ese país de encomenderos y de capataces, de silencio en las calles y en las almas; allí, en ese páramo sin aspiraciones, en ese desierto sin ideas; allí en aquellos pueblos en quienes la vida apenas se manifestaba por una apariencia de locomoción, cuyos pechos habían dejado de latir, cuyos cerebros habían sesado de pensar, y que eran, más bien que pueblos vivos, pueblos--sepuleros con los muertos andando.

PRIMER GRANO DE AURORA

Empesó a verse a flor de tierra el débil brote de una simiente liberal durante el gobierno militar del General Juan José Flores, a pesar de haber fundado él la orden funesta de la Autocracia Suborbiana, esa que ha desvirtuado durante tanto tiempo en muchas de nuestras jóvenes repúblicas el soplo de la democracia, y que ha hecho de aquellas presidencias fábricas de tortura y cuevas de depravación. Más, de entre el fárrago del brutalismo, surgía el verde tierno de una esperanza de renuevo. Jóvenes estudiantes habían ya leído en libros enciclopedistas llevados de contrabando por ese providencial impulso que, ha despecho de las opresiones, llega cuando debe llegar. Esos jóvenes supieron de instituciones extranjeras; se remontaron, en la avidez de un despertar con hambre, hasta a las fuentes clásicas en que se hallan, como dechados de ciudadanía, Catones austros y Scévolas heroicos. Y ese fue el primer signo de peligro para aquellas autocracias acéfalas, en las que lo único que se erguía era el machete. Porque habéis de saber que cuando la tiranía deja hacer, ya ése no es indicio de generosidad, sino estertor agónico de decrepitud; y que los oprimidos, que saben eso con instinto seguro, adiestran las muñecas, en vez de dar las gracias, cuando ya sienten que una válvula de escape se abre, y cuando por la rendija abierta de esa válvula ya le alcanza a llegar aunque sea una ráfaga de oxígeno al pulmón de los pueblos.

LLEGA ENTONCES EL DESPERTADOR!

Medio abonado estaba el campo cuando llegó Montalvo

con su mochilla de estudiante, en la crudeza de la lucha entre los nuevos gérmenes y las cizañas del pasado. Ya la hidra reformadora estaba en plena acción. El reaccionarismo pugnaba por cortarle cabezas; pero, sobre los troncos de las cabezas cortadas, retoñaban otras tantas cabezas.

Hay que decir de paso que Montalvo no había nacido para la política. Usó de ella más bien como de materia literaturizable con vistas al apostolado, como vibración de redentor impulso que, sacudiendo el alma viril del ciudadano, hacía también estremecerse el acero en la pluma del artista. Porque hay plumas que parecen espadas: tal es la de Montalvo: como hay espadas que parecen plumas: tal es la de Martí.

Montalvo, os digo, no había nacido para la política. La política tiene encrucijadas que el corazón de la Belleza no trajina jamás. La Belleza es un amor con buche de gilguero; la Política es hambre con garra de milano. Los políticos profesionales--no los que hacen (¡qué raros!) de la Patria un ideal, sino los que habitualmente la convierten en un destazadero--son siempre hombres de cera, blandos entre los dedos de sus concupiscencias; mientras que Montalvo era un hombre de hierro, invulnerable como su austeridad. Los políticos, las más de las veces, son como líquidos que reciben las formas que les presta el vaso de la conveniencia; mientras que él era sólido como el diamante, cortante como sus aristas y noble y sin falsía como su fulgor. El no supo de acomodos, ni de insinceridades intrigantes. Por eso, cuando topó con la política, la levantó a su altura

SURGE EL TITAN NEGRO

Ansioso de ver mundos y recoger de cerca el grano de la cultura espiritual europea, se decidió a aceptar un puesto diplomático en la Legación de su país en Roma. Grave enfermedad lo hizo regresar a su patria. Era ésa una hora triste para el Ecuador. La madeja de la revolución habíase enredado más aún, de tal manera, que, como en el cisma pontifical de Aviñón, a un Gobierno en Guayaquil, el de Franco, respondía en la Capital otro Gobierno, el Triunvirato. En ese Triunvirato, entre dos irresponsables, erguíase ya con presión de señorío la despótica mano de García Moreno, aquél que más tarde habría de alcanzar celebridad, más que por los bi-

zantinismos de su mando, por las fustigaciones incandescentes de Montalvo: que cuando, como en él, los latigazos son radios, las espaldas que sangran heridas por el golpe, también se immortalizan iluminadas por la luz.

Cuando el Gobierno de Franco fue barrido de Guayaquil por la victoria del Triunvirato de Quito, la osadía y arrogancia de García Moreno no tuvieron ya límites. En sus manos hallábase el poder nacional. Y en esa omnipotencia, que hacía estremecer, veíase como un vientre maligno donde encarnaba el feto del delito. Ya su pluma había rubricado asesinatos; ya en su punta lo negro de la tinta iba quedando pálido ante lo negro del mandato. Ya había cortado con atroz represión toda tendencia opositora. Ya había suprimido a Vallejo con crueldad de felino. Ya había vilipendiado sobre el cuerpo de Ayarza la majestad del heroísmo. Ayarza fue, como sabéis, uno de los brazos libertadores que al lado de Bolívar sembró con la sangre de sus venas todo un plantío de repúblicas. Ayarza era un bravo, un corazón siempre leal, y, más que todo, una reliquia viva de la sagrada historia nacional, de los tiempos heroicos de la Gran Colombia. Había de habersele venerado; había de habersele tenido entre urnas, blindado de toda irreverencia. Y, sin embargo, no se le veneró. Ni siquiera se le respetó. Más aún, se le escarneció. Más todavía, se le torturó. Fué resellada con cardenales de infamia aquella piel que antes la gloria había sellado en cicatrices. ¡Amargos calvarios con tanta frecuencia repetidos! ¡Visiones tristes en que el sayón se yergue sobre su omnipotencia, mientras caen los apóstoles, desgarradas las túnicas, trocadas sus coronas de luces en coronas de sangrantes espinas! ¡Sacad loable enseñanza, vosotros los que mandáis naciones! ¡No fustiguéis jamás al héroe, porque no sepa balancear en sus manos la bajeza moral de un incensario! No encarceléis al maestro de almas, porque no enseñe a esas almas a encorvarse! ¡Sed jardineros sabios! ¡No clavéis nunca el hacha sobre esos árboles de gloria, para que vosotros mismos podáis, bajo su sombra, bañaros de inmortalidad! ¡Estimulad las dignidades, para que podáis tener el alto orgullo de gobernar países, en vez de cementerios de sepulcros humanos!

Pues ese era el hombre que llegaba al poder por el azar de la victoria. Entonces fue cuando Montalvo, enfermo aún, envió al erguido triunfador una carta en que ya se insinuaban

los ímpetuos que habrán de ser después el *Mane, Tesacl, Phare* de aquel Baltasar republicano.

Esa epístola es el arranque de un colosal espíritu que mira al poderoso sin genuflexiones, como de grande a grande: de quien tiene la idea a quien tiene el poder; de quien crea a quien manda; de quien se sabe dueño de un trono invulnerable, el de la austeridad, y de un cetro fulgente, el de la inteligencia, a quien sólo se asienta en un trono deleznable de bayonetas tornadizas y de cañones mercenarios. El joven austero aconseja como un Catón anciano a la soberbia victoriosa. A ratos, le estimula. A ratos, le dice lo bueno y lo malo que en él halla. El joven se yergue ante el peligro, Hércules niño cuyos brazos ya ahogan, y cuelga sobre aquel sable amenazante su verbo de Democles. «Salgo apenas---le dice---de esa edad de la que no se hace caso, y a Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades. Algunos años vividos lejos de mi patria en el ejercicio de conocer y aborrecer a los déspotas de Europa, hanme enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América Española. Si alguna vez me resigno a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta política fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendría en mí un enemigo, y no vulgar».

Lo que en aquella carta memorable dijeron los labios de Montalvo joven, fue como un programa de vida para el Montalvo de todas las edades.

LA PRENSA RESPIRA: «EL COSMOPOLIT.»

El primer Gobierno de García Moreno amordazó la prensa y acalló la palabra. Los fermentos rebeldes, perseguidos en la superficie, se refugiaron en los corazones. Y esos fermentos fueron entonces más terribles, como siempre acontece. Las iras populares, que antes volatilizabanse en palabras, toma después, encajonadas en mutismo, compactaciones de metralla. Al silencio de labios, la tormenta de ideas; y, a tormenta de ideas, devastaciones de violencia. Como el hervor volcánico bajo la florecida placidez de las faldas, las ansias comprimidas tienden a reventar por dentro en el vaso eruptivo de los pechos. Montalvo, como todos, estuvo silencioso. Silencio de ondas, precursor de huracanes.

El corto período que medió entre las dos presidencias de García Moreno fue como un respiro para los espíritus. Hubo prensa. El pensamiento pudo andar por las calles. Entonces, Montalvo fundó «El Cosmopolita», de redacción unipersonal, sin compromisos con partidos, sin más ataduras que las de su criterio, amo y señor de sus ideas, sin otro norte que el de la libertad. Porque el periódico, para Montalvo, sólo era tribuna de enseñanzas o de fulminaciones, cátedra de honradez y apostolado. Para él, no había sujeciones de círculo, ni carriles estrechos de partidismo. El era recto, como un deber. Encerrado dentro de su ideal, era su liberalismo como un Guzmán el Bueno: se entregaría él, y entregaría a sus hijos, y enviaría puñales para que los apuñalaran, antes de entregar el más pequeño átomo de su decoro ante las incitaciones del halago, o el más ínfimo corpúsculo de su honradez ante el asedio de los intereses. El sabía que el sectarismo empuenece; que el fanatismo político, cualquiera que sea su divisa, es una ligadura para la evolución. Porque todo fanatismo es sólo un pasaporte hacia el odio. Echa hiel en las lenguas y en las almas. Y en Montalvo, el único programa político era el bien de los pueblos, la marcha progresiva, sin traba alguna, del desarrollo de su patria. ¡El cuerpo libre, la idea libre, el sentimiento libre! Cabalgando sobre un jamelgo hidrópico de vida, de fuerza y de pasión, Montalvo fue el Don Quijote de la Mancha en la política de América. ¡El Don Quijote liberal! Pero, como siempre los rucios van a la zaga del jamelgo, era natural que llegaran, tras del Quijote liberal, los Sanchos del liberalismo: aquél, a conquistar la libertad; y éstos, a recoger las presidencias.

RESURGE EL TITAN NEGRO!

A pesar del respiro, la ola negra ascendía, grada por grada, al solio presidencial del Ecuador. García Moreno tornaba a ser omnipotente, sorbiendo fuerzas en la debilidad del Presidente Espinosa. Todos los hilos estaban entre sus dedos hábiles. Sólo le faltaba coger de un brazo a aquel presidente cabelludo, y sentarse en su puesto. Y así fué. Un alzamiento pretoriano lo barrió del Gobierno, y calzó en el cuerpo de García Moreno la cota de la dictadura. Y la misma asamblea que dió valor legal al atentado declaró sometida la Nación a la Iglesia, e hizo del Eje-

cutivo el eje único de aquella máquina gubernamental. La Justicia quedó subordinada; el Poder Legislativo anulado; y el País vió con tristeza---achaqué endémico de democracia hispano--americana---a los padres conscriptos sentados en sus curules del Congreso, desprovistos de toda iniciativa, con angustez de títeres que apenas mueven las cabezas a las presiones de un presidencial titiritero.

Se apagaron los hornos del «Cosmopolita». La dinámica del pensamiento paralizó su andar. Y Montalvo recogió su báculo, eterno abonado de la proseripción.

EL MONTALVO ESAYISTA

Cruzó la frontera de Colombia, y se quedó en Ipiales, pueblecillo sin ruidos, sin cultura, sin gente. El cura, el par de beatas sordineando bajo los embozos, el can que pasa, el cerdo suelto que escarba la tierra, la gallina que se sacude y hurga en la basura. . . . Soledad sin letras, pero sin envidias, en donde, por carencia de libros, se lee más en sí mismo; en donde, por falta de tertulias, se conversa con el Dios interior.

En ese destierro y en esa fértil soledad compuso Montalvo los «Siete Tratados». En esa obra se fundamentó la basta popularidad del autor, sin ser ella, con todo, a nuestro juicio, materia para inmortalizar. La gloria de Montalvo no está en ese arcaico dibujar de su pluma, en esos lujos de preciosismo Siglo de Oro. Ella está, sí, en su tonante encendimiento de Moisés andino, que hace estrellarse su palabra en relámpagos, y que deja en las almas, tras de cada período, como un zarzal ardiendo en cumbres de Sinaí. Como ensayista es ameno, sin llegar a admirable, por más que Rodó lo compare con Montaigne, por la carencia de unidad y método en sus disertaciones. Efectivamente, los tratados de Montalvo son a la manera de una linfa que no corre por cauce encajonado y que no se sabe a dónde va seguramente a parar, sino que se desliza siguiendo los posibles desniveles del suelo, y que ora se para cabe el tronco de un árbol hasta encollarlo de humedad, o tuerce el rumbo en impensado canjilón, o se extiende como una sábana espumante sobre verde planicie. Comienza por el propuesto tema; pero, a poco correr, surge un episodio inconexo, y con él se deleita, y lo circunda y apura; o la sugestión de una idea lo hace fluir por nuevo cauce y lo aparta del punto cardinal; o si nombra por acaso un objeto que lo atrae

o un recuerdo histórico que alcanza a deleitarlo, trata de aquello como de cosa no episódica, con la primorosa delectación del conjunto.

Mas, si en eso se asemeja a Montaigne, difiere de él en todo el resto. El estilo de Montaigne es claro y límpido, suelto y natural; y el de Montalvo es, al contrario, repujado, de artista. Si Montaigne buscaba ropajes de palabras para vestir ideas, Montalvo mas bien buscaba las ideas para cubrir las de ropaje.

Porque a la vista saltan los superficialismos de las filosofías montalvescas. Si en cada *tratado* suprimiérais el giro que cae airoso como una capa arcaica, se amustiaría el interés.

En toda la obra se revela la perenne preocupación de la estructura. Mas, si otros buscan en la forma la novedad verbal, hasta caer en la barbarie neológica, él buscó la novedad de lo antiguo, en una coquetería de gemas retrospectivas, con pátina de siglos, como joyas robadas a principescas sepulturas. Escarbó sarcófagos: el de Cervantes, el de Quevedo, el de Moreto, el de Rojas, el del Arcipreste, el de todos los próceres de la vieja fabla, y se fabricó con los hallazgos esa incomparable taracea de estilo, ese original mosaico en el que la soberbia variedad de lo antiguo va encubriendo, como las cuentas de pasados collares, el hilo vivo de un espíritu nuevo. Porque allí está lo raro en esa pluma. No fué su búsqueda la de un gramático purista, que recoge en los léxicos yertas palabras cadavéricas para ponerles lápidas, como recoge rosas en los vergeles el botánico para contar sus pétalos y arrojarlos después. ¡No! El fué a lo viejo por buscar tesoros, por hallar preciocismos enterrados, rarezas de una arquitectura de giros, pedrerías dormidas, para engastarlas en su diadema actual de rey potente. Hace el milagro resurrector de un vino en sótanos, que embriaga ahora y más deleita cuanto es más largo su sueño de enterrado. Montalvo explora el diccionario, desgrena códices, entra a saco esas tierras en que guarda reliquias el pensamiento antiguo; examina tesoros, lo ve todo, lo conoce todo, se lo asimila todo; y, con todo lo clásico, se borda el más contemporáneo clasicismo, aquel que puso en los visos de sus telas los reflejos de todas las maneras y estilos, y que logró por fin hacer de cosas muertas la más prestigiosa de las cosas vivas.

EL QUIJOTISMO DEL HEROE

No tanto por su saber lingüístico como por sus parentescos de

alma con el manchego paladín. osó Montalvo aquel arranque como para medirse nada menos que con el indiscutido Manco de Lepanto, cuando escribió los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes». Montalvo estaba hecho para comprender al Quijote, porque él mismo lo era, en su más alto simbolismo ideal, y en su andantismo acrisolante y purificador. Sígasele por todas las veredas de su emoción y de su mente, por los accidentados movimientos de su pluma, por las tupidas márgenes de su vida de hombre, y no se hallará en todo él sino un sólo motivo de actuación: el quijotismo. Allí donde su vista columbró amenazas de doncellas, lanza en ristre las acometió; allí donde la maldad entronizábase, él lanzaba su jamelgo al desboque, sin pensar en sí mismo, sólo guiado por el encanto del desfacedor. Contra los jayanes del solio y contra los explotadores de conciencias era implacable este genial Don Quijote de los Andes. Y, en el castigo, no se quedaba en el desprecio solemne de un moralista augusto, ni en el alfilerazo fino de una sátira de guante y peluca: que su cólera tomaba caracteres de lucha mortal, y era cosa de vida o muerte en la acometividad. Empinado en el estribo de plata, e hincando el acicate, hiere con el donaire de un decir, con la exquisita donosura de una frase de perlas, con el filo de una bordada locución, deleitando a los ojos que lo miran matar. Corvo acero de daimio, en el que no se sabe qué admirar más, si la belleza del esmalte o el corte inamellable del filo. Porque Montalvo hiere al pícaro con garbo y con gracia. Decapita con arte. Dibuja las heridas, y ajusticia como si cincelara. Y el malvado a quien hiere queda así ennoblecido por la herida; y el anónimo a quien aniquila deja de ser anónimo, porque, a la luz de la estocada, queda por siempre ungido por la celebridad.

Pero si acometió contra los malos, tuvo siempre un grito de franca admiración para todas las grandezas y un arrullo de dulzura y piedad para todas las miserias. Y ejercitaba su facultad de amar hasta sobre los simples animales, hasta sobre las plantas y las cosas. Defendía al ciervo acosado, a la paloma herida, al árbol descuajado. Sentía en sí el dolor universal, y el ardor franciscano de aliviarlo todo con el bálsamo de su ternura.

Y aun cuando con su pluma ametrallaba protervias, ametrallaba por amor. Porque él sabía que el odio por el mal es otra forma del amor por el cielo; que cortar la cizaña es adorar la flor; y que matar tiniebla es engendrar aurora. Por eso, amaba con la misma intensidad con que hería. Por eso su afecto era tan limpio y fúlgido como su anatema. Y si era bello acometiendo, con

una belleza de erupción, lo era también enalteciendo, con una belleza de vergel.

«MI PLUMA LO MATÓ!»

Mas, sobre todo, en él alzaba la cabeza la obsesión de la Patria envilecida. Allá se estaba preparando el déspota para reelegirse. Aquel García Moreno que, según Montalvo, «dividió al pueblo ecuatoriano en tres partes iguales», dedicando «la una a la muerte, la otra al destierro, la última a la servidumbre», amenazaba con un nuevo período de ese gobierno suyo en que se hallaba «el soldado sobre el civil, el freile sobre el soldado, el verdugo sobre el freile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano». Y, entonces, el escritor-vigía lanzó de nuevo su palabra, electrizada de hecatombe, en el opúsculo. «La dictadura Perpetua»; y ese clarinazo estético, enviado desde Panamá, resonó en su país con un eco de sangre. Allá, en el Ecuador, el déspota caía, para no alzarse más, en el propio palacio de su omnipotencia. Y el escritor, entonces, erguido en su ostracismo, como en un pedestal, asestó su dedo índice, su dedo vengador, hacia la Patria lejana: «¡Mi pluma lo mató!» Y era verdad. Las plumas matan, como los alambres, cuando fluye por ellas el dinamismo de Dios. Cuerpo del rayo: eso es la nube, nube del verbo; eso es el genio. Y, así como en la nube el rayo, el Verbo, que antes fue luz para las inteligencias, y melodía para los corazones, también puede convertirse enseguida en relámpago y trueno para las libertades. Dios es Dios cuando crea, lo mismo que cuando destruye. Que todos los escombros no son sino prólogos de ruinas escritas en el libro de una nueva creación. Porque para que los pájaros vuelen es necesario que se rompan las jaulas, y para que se levanten los derechos es preciso que se derrumben las Bastillas.

«¡Mi pluma lo mató!» En aquel gesto había algo de olímpico. No lo encendía el odio: lo hacía irradiar la redención. Era el orgullo de la llama, que sabe que ha arrasado, pero sólo para fertilizar. No era un grito de júbilo por la muerte de un hombre: era un himno sagrado por el nacer de un pueblo.

Porque entre esas heridas iba a nacer la Patria, y entre las charcas de esa sangre a retoñar la libertad. Su pluma guió al puñal. Y como la pluma iba inspirada por el Dios de los pueblos, la pluma, entonces, divinizó la puñalada, porque hizo de ella como una cirugía de Dios.

Mas no hay que deducir, de lo que digo, el derecho del asesinato con finalidad libertaria. Explico la frase del apóstol; no autorizo la acción de los puñales. Las pasiones engañan. Los odios pueden matar a veces bajo el disfraz del patriotismo.

DUELO DE COLOSOS

García Moreno, sin embargo, no fue un autócrata vulgar y cuartelero, de esos que suben al Poder sin más bagaje meritorio que el de sus asaltos ni más estímulo que el de sus apetitos. ¡No! Era hombre cultivado y catedrático de mérito. Reformó la hacienda, abrió caminos, dió pasos en la beneficencia. Pero había nacido con el anacke patológico de un fanatismo religioso y tenebroso. Y el fanatismo, que muerde en el hogar, devora en el poder. Cosa muy española o de española descendencia: Duque de Alba acuchillando flamencos, Tomás de Torquemada incinerando cuerpos por redimir espíritus, Isabel exterminando judíos, Felipe el Segundo bebiendo tinieblas y vomitando llamarradas. . . . Fuente de terror el fanático, aun más de temer que el criminal; porque éste sabe que lo que hace es delito y teme las resultas divinas y humanas; en tanto que el fanático se halla seguro de que hundiendo puñales o encendiendo piras se abre caminos para el cielo.

García Moreno fue, pues, una sinceridad fatídica. ¡Un coloso sombrío! En ese carcelero de cuerpos y de almas halló Montalvo una gran fuerza antitética muy digna de la suya, por su empuje dinámico. Por eso, al encontrarse, dejaron en la historia algo como el choque de la luz y la sombra en una pincelada de Rembrandt. El cruce de esas dos espadas fue como una tangencia de relámpagos: el que subía del abismo y el que bajaba de los cielos.

VEINTEMILLA Y LAS CATILINARIAS

La presidencia de Borrero, que le sucedió, no daba señales de reformar aquellas leyes caducas, urdidas como trampas para entrar en ellas todo esfuerzo hacia la libertad. Rezongaba el descontento de los que ansiaban luz y aire; pedíase a gritos la reforma, y sentíase otra vez ese vago rumor subterráneo que precede siempre al cataclismo de la revolución. Montalvo alzábase entonces en una nueva tribuna: «El Regenerador».

La agitación siguió su curso. Los pueblos, en esas epilépticas ansias de reacción, semejan náufragos desesperados que hacen cuanto a su mano llega. No ven si es cuello de hombre o tronco áspero. Cierran sus dedos sobre lo que alcanzan, sobre lo que pueda salvarlos en aquel momento de angustia. Y el pueblo ecuatoriano se asió esta vez, sin reflexión, al primer matón que le ofreció la victoria. No pensó más que en reaccionar y vencer; sin ver que ese martillo que iba a romper la argolla de la tiranía, habría de ser quien le forjara después la esclavitud de otra argolla. Y la argolla vulgar y áspera tuvo por nombre Veintemilla.

Montalvo descargó una vez más sus baterías. Júpiter artista, fulminó a aquel gigante de lodo sobre un Pelión presidencial. Desde su retiro de Ambato, hizo explotar un nuevo opúsculo: «La Peor de las Revoluciones». Y el destierro le abrió sus puertas por segunda vez.

Dije que contra dos puntos negros endereza Montalvo sus iras encendidas, como dos alas de fuego: contra el que ata los cuerpos, y contra el que anula los criterios. Entonces, arrolla sin piedad, ¡él, que era la suprema piedad! Mas su furor es puro, porque no es sino otra forma de amor, el amor a la libertad escarnecida, el amor a sus hermanos los tristes. Por eso, vuelto a su refugio panameño, hace que surgan y se esparzan por todo el Continente las llamas explosivas de las «Catilinarías». Y aquella pluma en que arden las palabras como carbones de un Sinaí en que asoma la faz de la Divinidad en forma de Belleza y en forma de castigo, forjó sobre sus brasas la triste inmoralidad de Veintemilla. Lo desnudó ante el mundo; lo escalpeló implacable; e hizo de aquel andrajó anónimo una bajeza inmortal. Y del baldón de la anonimia a que estaba destinado por su pequeñez, lo ha llevado a grabarlo para siempre en las pupilas de la posteridad. La luz de su genio lo incrustó en las memorias. Y Veintemilla existe desde entonces, para la América Española, clavado en la palabra luminosa como en una picota de diamante.

Las «Catilinarías» son un catálogo de horrores y vilipendios geniales. Son la autopsia de un infecto cadáver hecho por el filo de un bisturí de oro.

Y EL ROBLE SE DESGAJA

Poco después, se separó Montalvo de las costas de América. Vivió en París, hasta su muerte. Tenía como irremediable aquel

mal tiránico que afligía a su pueblo; y ansiaba, al propio tiempo, un descanso reparador para sus fuerzas agotadas, y el sedante de las cosas bellas para su alma adolorida y sangrada. Iba a colgar la tizona paladineza, a reclinar la sien sobre la almohada de una paz bienhechora. Pero la zarpa de la lucha lo siguió hasta París. La paz vendría, pero con el sepulcro. Llególe la noticia de que la Cúria de su patria fulminaba anatema con motivo de los «Siete Tratados». Y Montalvo se incorporó en su lecho, para responder al campanazo de la excomunión con su célebre «Mercurial Eclesiástica», el postrer aletazo del cóndor malherido, la última hornada de brasas de aquella forja lírica que fundía cadenas.

Desde entonces, vivió lejos de todo comercio humano. Así, triste y desilusionado, lo halló la muerte al acercársele. Era ya un árbol desgajado hacia los sumideros de la tumba. Y, como a una presentida, la vió acercarse, a su novia última, la del velo negro y labio fúnebre. La recibió sonriendo.

Así se fué aquel hombre férreo, que tuvo tres amores: la mujer, el arte y la libertad; que odió con ímpetu, porque amó con ardor; y que si vivió siempre pobre, porque no tuvo dinero, siempre vivió limpio, porque tuvo vergüenza.

Santiago ARGUELLO.

Habana, Cuba.

JUAN MONTALVO

De «Canto a Ambato»

Era, en el Tungurahua, la fiesta de la nieve . . .
El gran silencio blanco tiritaba de frío . . .
Y, cuando el plenilunio prendió su fulgor leve,
se pudo ver cubierto de nubes el vacío . . .

Pero eran nubes albas . . . Por que la nívea fiesta,
como una epifanía de mármol y diamante,
sólo tonos plateados exigía a la orquesta
de la tierra, del cielo, del agua rutilante . . .

Un cóncave de lirios diera menos blancuras . . .
Aquello parecía primeras comuniones . . .
O nupcias, en que hicieran las vírgenes más puras
concilios de azucenas para los corazones.

De pronto, con aurora boreal se unge el nevado . . .
En rojo vivo, entonces, la mole audaz se inflama . . .
Y el silencio volcánico se despierta asustado,
sintiendo que en el cráter se encabrita la llama . . .

Arde el cielo bronceo, como en ocaso sumo . . .
Derritense las nieves con un hervor sangriento.
El río de betún, empujado de humo,
mitad corre en el flanco, mitad corre en el viento . . .

Desgaiga la avalancha furor sobre el abismo.
Rugidos subterráneos subrayan la pavora . . .
Y, nerones del viento, mirando el cataclismo,
los cóndores otean, a mil metros de altura.

Cien plutónicas fuerzas la antigua inercia han roto.
Han roto diez mil diques las lavas del averno . . .
Hora de danza cósmica, a flor de terremoto.
Hora de apocalipsis, de Babel y de infierno.

No puede más, al fin, con la fogosa entraña.
Y, en el último gesto, que lo creado arredra,
probando lo que pueden corajes de montaña,
revienta . . . y se suicida, como animal de piedra.

Bolas de fuego ahondan la atmósfera rojiza.
 Todo el haz de la tierra parece que se arruga.
 Y vése, entre la lluvia caliente de ceniza,
 el paso de los cóndores en homérica fuga.

Blasfeman, con oieajes, las aguas del Pastaza.
 Clarina el huracán sobre el bosque en pedazos . . .
 Y, trémulos de miedo, los árboles son raza
 de pigmeos que mueven, como locos, los brazos . . .

Los próximos volcanes despiertan a las leyes
 eternas de la envidia . . . Crujen los horizontes . . .
 Mientras, otros volcanes apagados—los bueyes—
 se notan ellos mismos eunucos de los montes . . .

En Agoyán, la ruda cascada ya no es ruego
 a la profundidad del vértigo y del salto;
 catástrofe que vuela, torbellino de fuego,
 corre a fundir campanas de muerte en el basalto.

De repente, el fenómeno se detiene en la cumbre
 Bruscamente, la orgía fatídica se aquieta.
 Y flota, en el espacio, la enorme certidumbre
 de que la pesadilla pasó por el planeta . . .

A qué este horror del cielo, la tierra, el fuego, el agua.
 lo azul y lo rojizo, lo gris, lo negro, lo albo . . .
 Acaba de pasar, por sobre el Tungurahua,
 camino del Elíseo, la sombra de Montalvo . . .

Pasó . . . Mientras la Raza, como en porfiado lance,
 El volcán envolvía con un murmullo de ola,
 mandando que voceen, en metro de romance,
 millones de palabras de la lengua Española . . .

Pasó . . . Y, en la erupción que lo creado arredra,
 se dieron larga cita—sin que nadie les note—
 Juan Montalvo y Miguel de Cervantes Saavedra . . .
 Dejando que acuchille la nieve Don Quijote . . .

Remigio ROMERO y CORDERO.

FILOSOFIA MONTALVINA

De «El Regenerador» Núms. 1, 2, 3 y 4.

El pueblo unido es fuerte, el pueblo unido es grande. Los ambiciosos propenden a aflojar esa masa compacta, porque en ello van sus triunfos.

*

Los gobernantes que abrigan malas intenciones procuran desunir a los ciudadanos. Cuando han conseguido separarles por malicia, hacer que se teman, que huyan unos de otros, la tiranía se ha colocado en un trono. Pueblo, haced porque en vuestro compañero, vuestro amigo, no veáis nunca un espía ni un traidor. La confianza es la virtud de las almas elevadas: la suspicacia, vicio que apoca y envilece.

*

Sabiduría es una divinidad ingenua y avisada a quien ni seducen lisonjas, ni embaucan falsedades. Si sois hombres de bien, confiad unos en otros; pero guardaos del inicuo, sin tener por tal sino a ése cuyas obras son notoriamente reprobadas. No hay miseria tan grande como la de juzgarse uno rodeado de enemigos y perseguidores infames. Dios nos hizo a su imagen y semejanza, y semejantes unos a otros: tener por bribón a un hombre recto, por criminal a un inocente, por indigno a un estimable, ¿no es error del corazón bien formado, o malicia del corrompido?

*

Desdichado del hombre que en las persecuciones y las tribulaciones del mundo no vuelva el corazón al cielo. ¡Los vicios, los pecados tienen mal olor en las personas que se llaman felices; en los desgraciados, hieden como infernal podredumbre. A todos nos cumple la práctica de las virtudes; mas no sabemos por qué ley misteriosa de la Providencia ellas parecen más obligatorias

en esos que viven hundidos en una oscuridad funesta. Será porque los dolores son más productivos que los placeres, la tristeza más respetable que la alegría!



Si vuestra casa es oscura, las virtudes la iluminen; si funesta, ellas la concilien alegría. Donde está Dios, no hay cosa oscura ni funesta: y Dios está siempre donde se hallan las virtudes.



Habéis de saber que una es la gloria y otra la fama. Un bandido puede ser famoso; glorioso no es sino el hombre de bien que labra la dicha de un pueblo, instruyéndole, libertándole, comunicándole altos principios que le vuelvan respetable a sus propios ojos y a los de sus semejantes.



La imprenta en manos de los hombres desacreditados, los bellacos, los ruines que la desprestigian con la impostura, la difamación y la grosería, es cosa despreciable para los hombres de bien y espíritu elevado. La verdad es fuerte por sí misma; encendida con el fuego del patriotismo, arde sobre los culpables y consume a los enemigos de la libertad y las virtudes.



Popularidad es edificio delicado que se levanta sobre columnas preciosas labradas por el mérito. El mérito es un ser incorpóreo, que no sabemos cuando nace: él vive, crece, y de repente se muestra cual gigante a los ojos de los hombres: admirarle los buenos, calumniarle los malos; le apoyan unos, otros le persiguen; pero su influjo está obrando sobre todos; y en los grandes días de la patria, esas amables hadas que se llaman virtudes hablan con voz modesta, y son oídas.



La justicia, en los individuos, es la mayor de las virtudes; en los gobiernos, en los pueblos es una divinidad exigente y severa, a cuya devoción no puede uno faltar, sin incurrir en la pena con

que los dioses conminan a los peores de los hombres. La excelencia de esta virtud es tal, que comunica a los crimenes mismos cierto resabio de pureza, y vuelve célebres, y aun gloriosos, a los que viven en guerra con la sociedad humana.

*

La esclavitud es un vicio, alto, profundo, espantoso; es el conjunto de los vicios, la madre de ellos, en cuyo seno pestilente se ahogan las facultades del hombre, y se borra y se desvanece la imagen del Criador. Uno de los atributos del Infinito es la libertad; si El nos hizo a su semejanza, ¿no es claro que somos libres?; y los que subvierten sus leyes y van contra la corriente de su bondad, ¿no es claro que son impíos?

*

Pueblo, sed libre tirando siempre al bien común, propendiendo de continuo a levantaros más y más por medio del trabajo y el cultivo de la razón y el corazón. Los hombres distinguidos por la inteligencia y la sabiduría son vuestros maestros naturales: seguidles, oídles: el que oye al perverso, queda sordo a la voz de la virtud; el que sigue al inicuo, se va camino de la condenación.

*

Buena fe es salud del alma, orgullo de las virtudes: sin ella no hay grandeza, porque no puede haber ni verdad ni elevación.

*

Por la mansedumbre vuelve santos a los pecadores, humedece con lágrimas celestiales los ojos enjutos del vicio, y cura ese horrible mal de la prostitución sin mas que una sonrisa: sonrisa de lástima, de benevolencia, de promesa: sonrisa milagrosa, sonrisa eterna, que formándose de un rayo de luz en el seno de la gloria, atraviesa invisible el universo, y viene a estamparse en los labios del que sonríe y con ella hace virtudes.

*

Trabajar es alabar a Dios: *Laborare est orare*. El trabajo tiene cautiva la atención: siendo lícita la obra en que estáis ocu-

pado, vuestras potencias se están ejercitando en noble empleo. Vosotros, hijos de la tierra, seréis buenos, humildes que os llamáis gañanes; vosotros que la rompéis con la reja del arado y echáis en el surco la simiente de la vida; vosotros que acariciáis la plantita recién nacida, arrimando a sus lados el limo bienhechor, humedeciéndola con un hilo de agua que pasa haciendo la rueda; vosotros que segáis las mieses, mondáis el haza con la barra, hacéis leña con el hacha; vosotros, estáis acaso pensando, cuando dais vuestros golpes sobre el tronco, cuando corréis la hoz, cuando traéis el agua con el azadón; ¿estáis acaso pensando en la manera cómo seduciréis a la mujer de vuestro vecino, cómo hurtaréis la oveja a vuestro amigo, cómo levantaréis una quimera al inocente? No: la imaginación no se corrompe sino en el ocio: el trabajo libra de la muerte, porque libra de los vicios. ¿Sabíais que los vicios son la muerte? La ociosidad es la fragua de los pecados: manos que nada hacen, se están afilando para el robo. La imaginación bien dirigida, obrando bajo el peso santificador de los buenos pensamientos, es la más brillante de las facultades del hombre: corcel lleno de vida y fuerza, que en noble fuego va saltando y haciendo escarceos por vastos y risueños campos, siempre que un bocado de oro asido a riendas de seda le contenga y le guíe blandamente. La imaginación está de continuo trabajando así en las buenas como en las malas obras: en siendo bueno el objeto, la obra es sublime; en siendo malo, es reprobada. La ociosidad es el lugar desierto adonde se dan cita crímenes y vicios: el trabajo es el padre de las virtudes.



El liberalismo anda soplando por el mundo en forma de viento fresco y oloroso: de cuando en cuando cobra proporciones de huracán, y se precipita sobre los pueblos echando por tierra furiosamente los alcázares del fanatismo y la tiranía. La Bastilla, esa cárcel estupenda donde yacen encarceladas libertad, dignidad humana, facultades del hombre, tiembla sobre sus cimientos de granito, y se viene al suelo un día de tormenta.



Mártires son los hombres privilegiados cuyo convencimiento se convierte en santidad, cuya pasión en heroísmo, y se sacrifican por sus ideas, teniendo en nada los intereses mundanos y los dolo-

res del cuerpo. Naturalezas robustas en las cuales el valor es ingénito, el martirio un placer, firmes y constantes, a pesar de las diligencias con que los perversos tratan de corromperlas con halagos engañosos, o aterrarles con amenazas inauditas. Mártires son esos hombres altamente convencidos, profundamente apasionados, que asombran a los tiranos con su fortaleza, hacen temblar al verdugo con su serenidad y se levantan de la tierra dejando ejemplos que enfurecen a los malvados y santifican a los buenos.

*

El amor a la patria, el amor a la libertad, en siendo desinteresado, noble, magnánimo, inagotable, inmenso, le vuelve santo al patriota, al libre.

*

Pueblo donde los jóvenes son apagados, lánguidos, es insignificante. Pueblo donde ellos son medrosos, esclavos, es ruin, mil veces ruin. Pueblo donde ellos son corrompidos, bellacos, es infame. Jóvenes, oh jóvenes, vosotros sois el alma de la República...

El buen juicio no está reñido con el amor apasionado: jóvenes, oh jóvenes, sed apasionados, y conquistad el mundo.

*

Engaño, fraude son vilezas que convierten en perros a los hombres: la palabra de un gobierno ha de ser palabra de rey, o no es acreedor a más respeto que el que impone la fuerza bruta.

*

La imprenta es el Sinaí de la República: en ella se prenden los relámpagos que deslumbran a los impíos, estalla el trueno que les asorda, nace el rayo que destruye a los tiranos. Pueblos, honrad a la imprenta, sostenedla, fomentadla, y estáis salvados.

*

Constancia es convencimiento, vigor, fe: constancia es buena opinión de sí mismo y de los sobre los cuales estamos insistiendo con una grande idea. Constancia es honra, en cuanto al punto de salirse con la suya. Mentira, mala fe, ingrati-

tud, difamación, perversidad, éstas son las negras inhumanas que le cierran el paso al que por medio del bien de todos quiere salir al templo de la gloria. Fuerza para resistir, indiferencia para no caer en la cuenta, elevación para desdeñar, son las dotes de la constancia, cuando ella es ejercitada en cosas que abrovechan a nuestros semejantes. Impertinencias, imposturas, libelos infamatorios, obras maestras del padre Pasquino, vienen a ser como la tierra para esos hombres que, bajo el amparo de la conciencia y el deber, siguen a paso largo por donde la honra, genio hermoso y bienhechor, les va guiando santamente.



Las pasiones no son móviles perniciosos, ni obstáculos para el bien general; las pasiones son la electricidad de la sociedad humana, sin la cual todo sería muerte, por cuanto el calor es la vida del mundo. Amor a la libertad, odio por el despotismo y la tiranía, anhelo por la civilización, todos estas cosas amables y sonoras son las pasiones, sin las cuales no tenemos sino movimientos físicos, que harto nos asemejan a cuerpos sin alma. . . Las pasiones elevadas, nobles, cuyo fundamento es la virtud, cuyo objeto es el bien del género humano, han de fermentar de continuo en el pecho de los ciudadanos que tienen en algo la importancia del individuo y el decoro de la comunidad. Pueblo sin pasiones ardientes, pueblo esclavo: el fuego es elemento de la libertad: la servidumbre nace del hielo, y con todo es cosa negra, corrompida que apesta al universo. Pueblos, sed apasionados, y viviréis a semejanza del Criador, o moriréis por las grandes ideas y la honra de la patria.

Juan MONTALVO.

GUANABARA

A Saúl de Navarro.

En las aguas florecidas
con albor de las espumas,
blandamente va la prora en las dormidas
olas donde vela el numen de las brumas . . .

Y se rasga la neblina de improviso,
y aparece sobre el fondo de los montes,
la verdad del paraíso,
en el cerco de ideales horizontes.

Y los montes como monstruos primitivos
con las gibas y los pómulos disformes,
se levantan o se inclinan pensativos
extendiendo los tentáculos enormes.

De Plutón dentro las fraguas
se forjaron estos monstruos, los titanee,
con estruendo de tormenta de las aguas,
al soplar de gigantescos huracanes.

Al pie de estos colosales promontorios
sus redondos senos muestran las colinas,
donde lucen--en gentiles abalorios,
con diamantes--vivo esmalte y perlas finas.

Y en la espléndida herradura
con que extienden la amplia curva las riberas,
de palacios y de torres la blancura
y el encaje y el temblor de las palmeras.

Para Dioses, para sílfos, para niñas,
esta tierra fue nacida, fue encontrada;
para barcas de marfil son estas linfas,
para Gracias, para el Genio esta morada . . .

Y cada isla canastillo
de verdura, de colores, de matices.
Olorosas algas flotan con el brillo
que el sol vierte de la nube en los tamices.

¡La India América! despliega los primores,
en la testa y en el seno y en la falda:
todo es vida, todo es savia, aroma y flores;
concha de oro, de topacio y de esmeralda.

Será aquí la poesía triunfadora,
la que brota en toda rama, en toda yema;
la que nace, la que crece, la que enflora
para el grande, para el único poema.

Corazón del nuevo mundo, a los abriles
de esta tierra de prodigio y gracia y brío,
llegarán tantas audacias juveniles
a mezclarse en las corrientes del gran Río.

¡India hermosa, de tu regia maravilla,
levo un aia y una chispa de tu hoguera!
¡Pueda un día, con mi lira de Castilla,
sentir tu alma, ser tu esclavo, Reina Ibera!

Remigio CRESPO TORAL.

EL COMUNISMO DEL IMPERIO INCAICO

El profesor Dn. Oscar Efrén Reyes-- autor de este comentario-- acaba de publicar la tercera edición de un estudio sobre el inolvidable publicista Manuel J. Calle. Y anuncia la aparición de la «Vida de Juan Montalvo» y «Curso Monográfico de Historia del Ecuador». Reyes, nuestro dilecto amigo, ha conseguido puesto prominente entre los escritores de mayor mérito de nuestro país. Su nombre es ya un valor en las esferas culturales de nuestra América.

UNA GLOSA A LA OPINION PERUANA RECIENTE

¿Podríamos volver en América al régimen estatal de lo que fué el Tahuantisuyo famoso?

La respuesta es afirmativa entre los jóvenes socialistas del Perú; pues que, el comunismo agrario, tal como lo organizó y afirmó Pachacútec---el sabio «reformador del mundo», el legislador incomparable,---no ha perdido sus huellas aún, por lo menos en extensas zonas andinas reservadas para sí por el indio insumiso.

En cambio, oponiéndose a tal convicción, surge al mismo tiempo en no pocos disidentes, esta otra, desoladora interrogante:

---¿Es que en realidad ha existido, alguna vez, aquel comunismo incaico, que tanto fascina actualmente a los admiradores de Carlos Marx?...

Y la exhumación, tenaz y febril, de la vida indígena prehispánica, en el Incario famoso y ya lejano, constituye la base de la beligerancia. No son ya, desde luego, solamente los americanos quienes retornan con mayor persistencia hacia la historia indígena del siglo XV, para buscar los puntos de contacto con un marxismo posible de los tiempos actuales. Son también sabios de Europa, y, sobre todo, profesores de ciencias económicas y sociales.

Precisamente en este año, Mr. Louis Beaudin ha presenta-

do a la *Société d' Economie Politique*, de París, una monografía especialísima sobre lo que fué el régimen económico del Imperio Incaico. Los aplausos, más que de Francia, le han ido a Mr. Beaudin desde América.

En medio del entusiasmo investigador y de la polémica apasionada, con todo, una verdad va perfilándose, desoladoramente para los hombres románticos de esta parte del mundo: el mito de aquel comunismo famoso. . .

LOS ESCRITORES DEL PERU

Es preciso insistir en que, el foco principal de donde irradian las nuevas claridades de la polémica histórica, es el Perú, el centro de lo que fué el admirado y admirable *Tahuantisuyo*. No se trata, pues, de meros planteamientos teóricos, realizados a distancia y a base de un muy aislado conocimiento libresco, sino de deducciones experimentales y de datos directos sometidos a rigurosa revisión.

De un lado, Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y Valcárcel--para quienes la comunidad indígena del pasado dota a nuestros países de una base autóctona para las posibilidades futuras del socialismo--y de otro, Francisco García Calderón, Jorge Basadre Grohmann, Víctor Andrés Balaunde y Jorge Guillermo Leguía, para quienes la realidad del Incario no ofrece, no ya sólo puntos definitivos de semejanza con las propugnaciones marxistas de última hora, sino hasta una mediana posibilidad de aplicación actual.

Un nuevo estudio de Beaudin aporta mayores incitaciones para la crítica: «L' Empire Socialiste des Inka», publicado bajo los auspicios del Instituto de Etnología, de París.

El ilustre profesor de la Universidad de Dijón, ha residido algunos años de mocedad laboriosa en la República del Ecuador, acopiando datos sobre la historia de los aborígenes. Aparte de la lectura de los cronistas y del trato de los etnólogos, ha tenido, pues, a su alcance, las fuentes directas.

Como no es un poeta pindárico o un igualitario *à outrance*, sino, ante todo, un economista, se limita a exponer lo que ha visto y lo que sabe--que no es poco, por cierto. Y tras de la documentación abundosa y de los testimonios comparados, viene la deducción final, que es ésta: el comunismo incaico, si no una leyenda, es cuando menos una interpretación abusiva de historió-

grafos con juicio poco severo; porque «comunismo», tal como contemporáneamente se lo entiende en la izquierda política, no ha existido, ni pudo existir tampoco bajo un poder absolutista, de procedencia *soi-disant* divina, como lo fué el del Inca.

García Calderón, ante esta negación, bate las palmas.

Lo que hubo, sí, según Beaudin fué únicamente, a partir de Pachacútec, «una especie de socialismo de Estado», con las debidas reservas y limitaciones, por lo demás, impuestas por la tiranía absorbente del Inca, su nobleza y sus sacerdotes.

Así Beaudin se pone---sin confesarlo ni saberlo, desde luego, ---de parte de los escritores no socialistas del Perú, que, en sus polémicas, hacen mayores ampliaciones a este respecto.

La coincidencia de juicios es asombrosa. Ninguno, por lo menos, difiere en cuanto a que fueron los Incas quienes restringieron, en su beneficio, los comunismos locales o tribales que encontraron a su paso de conquistadores; pues no es verdad siquiera que el sistema agrario sorprendido por los españoles en el Imperio del Perú fuera un invento de los Incas, *ad-hoc*, para crear el bienestar colectivo de los súbditos. Ese «comunismo»---manera rudimentaria de asociación humana,--- existía desde mucho antes del gobierno incaico, disperso en agrupaciones tribales, que los bravos hijos del Sol sometieron a sangre y fuego o con astucia.

Y si los Incas cercenaron más bien, en su provecho, las propiedades comunales, nunca pudieron evitar ni abolir la propiedad privada, ahí en donde ella existió. «La constitución del Imperio, supuso una cercenación de la propiedad comunal, dice Víctor Andrés Belaunde. Cuando los españoles llegaron al Perú, no encontraron solamente de las comunidades indígenas, sino también la numerosa propiedad estatal o nacional que los incas dedicaban al sostenimiento de su burocracia civil y eclesiástica».... «El *ayllu* precedió al Imperio; y el mérito de los incas no consistió sino en respetar las comunidades, tomando solamente parte de las tierras que dedicaron al estado y al culto».... (*En torno al último libro de Mariátegui. —«Mercurio Peruano». Vol. XVIII*).

Admirable fué el orden y digno de elogios el espíritu de previsión y de disciplina, que hubo en el Incario, para acegurar la comida de todos. Pero no pudo anotarse otro género de progreso; porque, perdidos todos los estímulos, no se hizo, con todo ello, más que sistematizar la cobardía, la inercia mental y la rutina.

Aún sin incas, muchas tribus americanas viven, hasta hoy

mismo, en pleno régimen comunal. El famoso explorador inglés W. Barbrooke Grubb, que ha vivido al rededor de 20 años entre los indios del Chaco paraguayo, advierte la supervivencia del sistema; aunque, a la verdad, no lo encuentra tan digno de entusiasmo como lo han encontrado muchos en el régimen incaico.

Para Grubb, la socialización de la tierra y de la producción ---según se acostumbra entre aquellos indios del Chaco, ---verdad que es decisiva para calmar el hambre de todos, con gran frecuencia; pero los indios, perezosos y sin espíritu de codicia, apenas trabajan, prefiriendo dormir, o comer muy mal y muy poco. Les falta una cabeza dirigente; les falta un poder encima, que les compela al sacrificio de trabajar para sí y para los demás, con todo afán. . . Les falta un tirano.

Así fueron muchísimas tribus antes de la conquista incaica. El mérito de los indios del Cuzco, estuvo, precisamente, en ser la fusta estimulante, reguladora y organizadora. Tuvieron que combatir la ociosidad y la insolidaridad, con remedios heroicos. Les enseñaron a los conquistados a amar la tierra y a cultivarla cuidadosamente; y, para las siembras y las cosechas les hicieron vestir de gala, a fin de que comprendan lo bello del trabajo. . .

Con su advenimiento, puede decirse que el comunismo inicial de las tribus sufrió violentas limitaciones en lo que respecta a los derechos---aunque las obligaciones pesaron de un modo formidable, particularmente en las clases inferiores;---pues, como es sabido, explotación de trabajo humano, castas privilegiadas y desigualdad económica, sí hubo en el Imperio peruano.

Cierto que, así y todo, nadie padeció por hambre o de otras necesidades; pero es que éstas mismas «otras necesidades», inclusive la alimentación, habían sido también enérgicamente reducidas por el inca paternal. Para ser dichosos, tuvieron los súbditos del Incario que ser frugales y vestirse de poca cosa. «Los indios ni siquiera tenían derecho a variar a su guisa la alimentación y su vestido, de llevar sandalias o adornos. «El sol les calienta, el río satisface su sed y la tierra les sirve de lecho, dice Morúa» . . . (Dr. J. F. Prudencio: «Conferencia sobre el régimen económico del Imperio Incaico», en la Universidad de Sucre, Bolivia ---1929).

La tierra misma, por lo demás, sufrió parcelaciones arbitrarias ---y a partir de la época precisamente de Pachacútee, ---cuando se trató de premiar grandes servicios de generales o

cortesanos. Esas extensiones de tierra—con las consiguientes dotaciones particulares de llamas y otros bienes,—salieron fuera del uso común para usufructo exclusivo de los privilegiados y de sus descendientes.

Esto era ya un establecer de la propiedad privada.

A ese respecto, hace notar también el doctor Prudencio, actual Profesor de Ciencia de Hacienda y de Finanzas en la Universidad Central de Bolivia, que, si bien esos legados no llegaron a adquirir los caracteres de la propiedad quirritaria, del Derecho Romano, «pues los poderes del usufructuario no fueron absolutos, pero tampoco fue análoga a la propiedad colectiva de la comunidad».

La irregularidad del sistema incaico — aún simplemente agrario; así para el ojo europeo como para el americano,— resulta, pues, evidente.

MARX ESTA MUY DISTANTE DE PACHACUTEC...

Y Jorge Basadre—aquél alto exponente de consagración y fuerza mental en el Perú; actual catedrático del Curso Monográfico de Historia Nacional en la facultad de Letras de la Universidad de San Marcos: autor de libros de tan honda penetración histórico-crítica como «Iniciación de la República», «La multitud, la ciudad y el campo en la Historia del Perú», etc.,—acaba de publicar (en «Nueva Revista Peruana», Agosto de 1929), un comentario sobre los dos hombres que, para los brillantes agitadores socialistas de la hora actual se dan la mano a través del tiempo y del espacio: Pachacútec, el afianzador del régimen comunista en el Tahuantinsuyo memorable, y Carlos Marx, el genial socialista alemán.

Basadre recuerda también que no fue propiamente comunista el régimen incaico: hubo, en lo social y económico, jerarquías. Verdad que todos en el estado indígena tenían imperiosas obligaciones—trabajar para los demás, servir a la religión y al gobierno, etc.,—«pero los miembros de la nobleza imperial, los curacas, los sacerdotes, los soldados y los empleados, estaban exentos de esas obligaciones»...

Para Jorge Basadre, que se apoya en los trabajos de investigación efectuados recientemente por Cunow y por el doctor Hermann Trimborn, en los propios lugares de las civilizaciones muertas del Perú, la obra incaica no se traduce en muchas

cosas; pues, comunidad de tierras, artes cerámicas, habilidades textiles, etc., no son exclusivamente suyas. «El funcionarismo, la estadística, la utilización de cada hombre para los fines estatales, el sentido de expansión sagaz: eso fué todo lo que trajeron de nuevo»

Hay algo en que se ha insistido, y en que se continúa insistiendo en libros de historia americana, en monografías sociológicas y en ardorosas obras de polémica socialista: el odio a la pereza, que caracterizó a los incas, y su implacable conducta para combatirla. Sí; efectivamente: «descónociéronse los zánganos en el pueblo--aunque existieron en gran número en la casta de la familia real, de los orejones, de los curacas, de los sacerdotes, etc.--pero ha dicho muy bien quien dijo que la pereza era castigada porque implicaba una defraudación al Estado, es decir, al Inca: no hubo hambrunas ni empobrecimientos; pero ello era producto de conveniencias administrativas, y no de una norma genérica de justicia, y la desigualdad efectiva estaba implícita en el hecho de que el incaico era un gobierno de casta reducida, a base de diferenciaciones infranqueables, mientras el socialismo en sus más extrañas formas apenas si quiere formar un gobierno de clase, aunque con el propósito de destruir todas las diferenciaciones sociales. Los *Uacti-runas*, o tributarios, trabajaban bajo condiciones permanentemente fijas por la costumbre, pareciéndose en algo a los artesanos y siervos de la Edad Media» (Op. cit.).

AHORA, NOSOTROS. LA INFLUENCIA INCAICA EN EL ECUADOR

Tales son algunos aspectos de la discusión peruana.

Después de todo, nos alegramos de que ella se haya suscitado, con apasionado interés y febril actividad buceadora, precisamente ahí en donde se creía, hasta hace poco, el dorado relicario de todos los enorgullecidos mitos del Imperio famoso.

A la belleza de la patraña, se sobrepone ahora la verdad histórica, aunque no sea muy bella, precisamente.

Lo que es en lo que constituye actualmente el territorio de la República del Ecuador--verdadero mosaico de tribus independientes y de civilizaciones típicas antes de la venida de los incas--la influencia de los invasores, en sus 30 o 40 años de dominación, casi fue nula. Si hubo algo de notable que

impusieron, con su acostumbrada fiereza, fue sólo la obediencia política, y ésto, tras de horribles matanzas colectivas de insubmisos---como la de los *caranquis*, cabe el sombrío *Yahuarcocha*,---y cuando, al fin, ya vieron a Huaina Cápac de marido de una india quiteña.

Con su habitual política de exterminio de la pereza en las tribus vencidas, y por su odio característico a ciertos vicios horribles, les «reventaron» a los indios *quillacos* de la actual Provincia del Chimborazo, y eliminaron a los *pichunches* del Guayas. Pero tras de estas medidas de saneamiento social o de moralización *sui generis*---que, formalmente, apenas diferían de las medidas disciplinarias de rigor, adoptadas sobre tribus levantiscas, a raíz de la conquista,---no aparecieron mayores iniciativas de provecho.

La importancia de sus construcciones, templos o palacios, en Quito, se redujo a poco o nada, a excepción de sus fortalezas militares y tambos imperiales (Paquinzhapa, Ingapirca, Tambo Blanco, el tambo real de Molle--Ambato, destruido por Rumiñahui en 1534; etc.), construidos por indios de estas mismas regiones, según parece, para satisfacción del soberano cuzqueño. Como curiosidad arqueológica o como trasuntos de civilización original en el Ecuador, mayor importancia tienen la alfarería, los bastones de oro, los tejidos y las ruinas de edificios de los indios *cañaris*; porque la influencia de estos en otras civilizaciones indígenas, como en la de los *chimus*, los grandes rivales del Incario, ya nadie en el mundo científico pone en tela de juicio. (V. Dr. Max Uhle: Prehistoria ecuatoriana).

Los aborígenes del *Chinchasuyo* añaden, por inclinación supersticiosa, con sumo placer un dios más---el Padre Sol,---a la serie de sus dioses diversos---la *Umiña*, los volcanes, las lagunas, los árboles frondosos, las culebras; aunque, a la verdad, ni siquiera la misma divinidad solar les es desconocida a los quitus preincásicos. Precisamente, la tradición ha conservado el recuerdo de los «shirys», que ya amaban y rendían culto a la luna y al sol, como los antiguos egipcios a Isis y Osiris.

Luego, el idioma oficial, el quichua, apenas les sirve para comunicarse con los curacas extranjeros: la novedad de la ciencia contabilística no se transmite ni enseña a los infelices, porque su conocimiento y práctica se queda para los *quipucamayos*. La instrucción no es privilegio para muchos.

Y lo principal---lo económico---tampoco inventan ni transforman ni mejoran los incas. Se limitan a recoger el botín, con

su consabida fórmula de «reservas para el Estado y para el Culto». El Estado, por lo demás, como en la jactanciosa expresión de Luis XIV, es él mismo, el Inca, de cuyo buen corazón únicamente dependen la generosidad y la piedad sobre los inhábiles, los huérfanos y los viejos. ¡El día en que al soberano no le diere la gana de abrir sus *reservas*, adiós comunismo famoso de los incas!

Y tan cierto es que el régimen incaico no giró sino en torno de los intereses del soberano y de toda su falange de zánganos--sacerdotes (como en estado burgués), parentela (como en estado burgués), palaciegos y aristócratas (como en estado burgués), inclusive su famoso Consejo consultor,--que la misma propiedad privada y el comercio particular, mientras cumplieron o satisficieron las exigencias del Inca, nunca pudieron ser abolidos. Entre los indios de Manabí no hubo un sometimiento económico absoluto, y en casi todas las demás poblaciones indígenas de la costa del Ecuador, las pequeñas propiedades comunales no llegaron a refundirse. A la llegada a dicha costa de Bartolomé Ruiz, el famoso piloto de Francisco Pizarro, capturó una embarcación en que «mercaderes» tumbecinos venían a canjear sus tejidos y artefactos con otros objetos en las costas del norte, y no precisamente por cuenta del Estado. . . . (1)

A la llegada del propio Pizarro con el fraile Reginaldo de Pedraza al pueblcillo de Coaque, los indios les obsequiaron con gran cantidad de esmeraldas, dando a comprender que no las guardaban con fines exclusivos.

Y si en la pequeña propiedad comunal agraria de los indios costeños--no incompatible con la pequeña propiedad privada cuando se trataba de productos,--la influencia reguladora de los incas fué escasa, en otros órdenes llegó a ser completamente nula. Las artes cerámicas--y esto confirma la afirmación de Basadre,--ya estuvieron desarrolladas en las tribus autóctonas, sin que el aporte incaico resaltase de manera alguna. Y así

—(1) A propósito de estas excepciones dentro del socialismo forzoso del Imperio, Beaudin tiene una explicación: que, a la llegada de los españoles no estuvo, en verdad, terminada la obra política de los Incas. Los pueblos anexados al Tahuantisuyo, comenzaban a adaptarse al nuevo proceso; no estaban en pleno régimen socialista.

Pero un joven publicista peruano—César Antonio Ugarte,—plantea, muy juiciosamente, la siguiente sospecha: “¿No podría afirmarse, por el contrario, que el Imperio estaba en un proceso de individualización o cuando menos de atenuación de las primitivas prácticas comunistas?”

Lo razonable de esta duda, nadie podrá objetar, ciertamente.

como entre los cañaris sus restos---cerámica, tejidos, oro y plata fundidos y labrados,---lo que explica es más bien una fuerte influencia mayoide, también los tuestos que los arqueólogos siguen analizando todavía en Esmeraldas, y los pozos de Manabí, no explican otra cosa tampoco.

En Puná, el lugar más rico y más poblado de la costa ecuatoriana a la llegada de los españoles, ni siquiera ha podido encontrarse un pequeño rastro de vida incaica, según investigaciones del Dr. Max Uhle, últimamente verificadas y últimamente expuestas en un interesante estudio publicado en el primer número de la Revista de la Universidad de Guayaquil. Todo cuanto se encontró fué autóctono, a excepción de una estrella de cobre, de muy problemática procedencia.

Por lo que respecta a las maravillas de vialidad, es lástima que se hayan quedado como simples maravillas de esfuerzo y de pujanza; y, así, el gran camino de Quito al Cuzco, por ejemplo, debió de ser una obra extraordinaria que halagó sobremanera a quien tenía mano de obra baratísima en esos tiempos; aunque, ciertamente, ninguna gracia debió de hacerles a los que sudaron trabajándola. No era una obra de utilidad pública, porque ningún indio sin misión oficial podía salir de su tribu ni transitar por los caminos. No era, pues, en suma, este de Quito al Cuzco un camino para comerciantes o para turistas pacíficos: era una vía de lujo para el Inca y sus tropas! . . .

Había trabajadores gratuitos, a millones; y esto no quiere decir que la servidumbre obligatoria y vejatoria les fuera desconocida a los indios del Imperio «comunista». Los pobres *yanacunas* nos habrían zafado de dudas en este particular.

Por lo demás, el anulamiento de la personalidad, por el hábito de obedecer, se tradujo en una cobardía crónica entre los indios sometidos al despotismo del Inca y su chusma. Defensores de la raza, de la nacionalidad o de la Patria, no se encontraron, llegado el momento, sino un poco lejos de las células antiguas y principales del Imperio. Los grandes tipos de bravura heroica ---Rumiñahu, Calicuchima, Zopozopangui, Nina, Razo-Razo, dignos hermanos de un Quauhtemoc, de un Xicotencatl, o de un Caupolicán gloriosos,---son excepciones en medio de la dispersión general ante el español; pero el mismo aislamiento en que actuaron, explica la horrible desmoralización de este gran imperio de esclavos.

He aquí, pues, en definitiva, el célebre comunismo del Incaico, sentido desde la parte del norte.

LAS APLICACIONES CONTEMPORANEAS . . .

Y ahora, por lo que se refiere a las huellas que en nuestros campos ha dejado el sistema prehispánico de producción y distribución cabe dudar que ellos puedan ser la base más segura para la realización de una novísima reforma agraria. Nosotros lo dudamos.

Y es que las necesidades del campesino indígena casi no han sufrido alteración, desde que estuvo bajo el régimen incaico hasta la fecha. El rutinarismo e incompetencia del indio para la producción intensa, pesa de un modo formidable en contra de las nuevas circunstancias históricas.

El indio incaico fue comunista *a su modo*--- y, parcialmente, sigue siéndolo en sus grandes concentraciones, al lado mismo de los territorios feudales contemporáneos;---pero dada su índole de haragán, ni aún así dejó de ser atenuado y violentado. Sin iniciativa individual, sin ambiciones ni necesidades nuevas, resulta ya incapaz para ser marxista, como a la llegada de los españoles resultó incapaz para el salariado.

El indio para ser factor agrícola independiente y de provecho «para todos», requiere de una previa transformación biológica ---con el aporte de un poco de sangre europea,---y de una rápida incorporación social---con la creación de nuevos apremios.

Con razón el propio Mariátegui afirma lógicamente, en alguno de sus estudios: «El advenimiento político del socialismo no presupone el cumplimiento perfecto y exacto de la etapa económica liberal, según un itinerario universal . . . Es muy posible que el destino del socialismo en el Perú sea en parte el de realizar según el ritmo histórico a que se acompasa, ciertas tareas teóricamente capitalistas» . . . (*Respuesta al Cuestionario N° 4 del «Seminario de Cultura Peruana»*).

Tales como la parcelación capitalista, o el salariado mismo, ya mejorados, supongo.

Oscar Efrén REYES.

Quito, Ecuador.

POESIAS

De "Reflejando la Vida", libro claro y armonioso, fresco y sano de juventud, que publicó hace poco nuestro querido compañero Bustamante.

SUBE A LA ALTA MONTAÑA . . .

Alma, sé previsiva; no prodigues tu canto,
no disipes tu gracia, no malogres tu encanto;
guarda un rincón secreto dentro del corazón
donde no llegue nunca la mirada curiosa,
donde nadie conozca tu angustia dolorosa
y sola tú te encierres a rimar tu canción.

No te ofrezcas desnuda ante el mundo perverso,
ni digas lo que sufres al componer tu verso,
si muestras dónde se alza tu torre de marfil;
los camelos románticos de tu azul caravana
pueden ser despojados por esa horda villana
que siempre, contra el arte, blande su acero hostil.

Sube a la alta montaña y serena tu anhelo
bajo la paz augusta que desciende del cielo;
has más blanco el plumaje de tus alas divinas
copiando la blancura de las nieves eternas;
y sé como las aguas mansas y cristalinas
que miran desde el fondo de las hondas cisternas.

Haste amiga del árbol rumoroso que ofrece
sombra bajo sus ramas que el loco viento mece,
y aprende de él la honda enseñanza que encierra,
que es el más dulce y grato milagro de la tierra:
en cada primavera renovar su fragancia
como un corazón viejo que torna a la infancia.

Busca, a la luz que vierte el arcano lucero,
para tus sueños tristes el lírico sendero;
y, aunque el ritmo te ofrezca el dolor de una cruz,
presiona en tu cerebro, hurga en tu viva llaga,
hasta que, como brota la roja sangre, se haga
en tu Noche la Luz.

LA PREGUNTA FUNESTA

Es una inquietud vaga como un presentimiento
que a donde voy me sigue y en donde estoy la siento.
Es un desasociado que eclipsa mi alegría,
poniendo en mi figura una actitud sombría,
como la de esos hombres que llevan en la frente
el dardo de una idea clavado fijamente.

A veces, en la noche, cuando dormir no puedo,
mi corazón se encoge de sobresalto y miedo,
porque algo que yo temo, sin poderme explicar,
parece que asechando estuviera mi hogar.

Y mi afán intranquilo, sin hallar la respuesta,
mentalmente formula la pregunta funesta:
¿Es tal vez la miseria que, con sus pies desnudos,
se agazapa, harapienta, en los rincones mudos?
¿Es la traición, acaso, que, con su andar felino,
a mis espaldas viene por mi mismo camino?
Es por ventura el vicio, con sus taras fatales,
que merodea, aleve, cerca de mis umbrales?
¿O, misteriosa y grave, es la muerte que llega,
en alto la guadaña para empezar la ciega?

AL POETA

Cálzate las sandalias, cíñete la esclavina,
empuñe ya tu mano el bordón del romero
y, a los tenues albores de la luz matutina,
tu largo viaje emprende por el primer sendero.

No te asuste la yerma llanura de la vida;
peregrino del arte, tu alforja va colmada:
si el dolor te apuñala, los labios de tu herida
pronunciarán más dulce la palabra rimada.

Aprende a ver las cosas en su actitud más bella:
amor sólo hace falta a tus ojos de artista,
bajo el destello rubio de la lejana estrella
la vida más humilde es tierra de conquista.

Para tu lira, todo te ofrecerá una nota,
 aun la brizna de hierba que con tu planta humillas.
 Tus versos, sobre el mundo, desde tu cumbre ignota,
 bajarán como un áureo reguero de semillas.

ESPERANDO LA SIEMBRA

Es la hora meridiana. La tierra generosa,
 después de dar el fruto de su entraña profunda,
 como una madre exhausta parece que reposa,
 ¡oh, apariencia engañosa de su vida fecunda!

En un cielo de fuego, los árboles copudos
 se recortan, inmóviles, igual que en una estampa,
 los sonoros clarines del viento se hallan mudos
 y rumian, soñolientas, las yuntas en la pampa.

Tendidos a la sombra de los setos floridos,
 robando el día al amo, los toscos labradores,
 sobre el suelo musgoso se han quedado dormidos;

y, abierta en hondos surcos, bajo el sol inclemente,
 reverberante espera la tierra de labores
 la mano sembradora que esparza la simiente.

GRANUJAS Y LAVANDERAS

En la orilla del río cantan las lavanderas,
 mientras tienden las ropas sobre los matorrales,
 ofreciéndola al beso del sol de mediodía,
 Bajo la luz radiante van las aguas viajeras,
 enjoradas sus ondas de rica argentería,
 rumoreando una alegre música de cristales.
 Suena en el aire un coro de risas infantiles;
 los mirlos silbadores huyen de los chaparros,
 y en donde el agua finge una pupila viva
 que mirara a la altura en quietud pensativa,
 los ociosos granujas, de truhanescos perfiles,
 haciendo «pan y queso», lanzan filos guijarros.

Guillermo BUSTAMANTE.

MENSAJE DE UN BUEN EUROPEO QUE SE ACERCA NUEVAMENTE A AMERICA.

Vuelve el maestro a visitar nuestro vasto Continente. No viene como ayer, en cuerpo y alma. Viene hoy sólo en espíritu. No contemplaremos su próspera figura, ni escucharemos su voz, pero si estamos solazándonos en la voz sin ritmo, en la armonía de su alma. Ayer visitó una mínima fracción de América, hoy visita, a un tiempo, todo el Nuevo Mundo. Y las juventudes que aman y admiran la sabiduría de su palabra apostólica, abren las moradas de sus corazones para que entre el maestro. . . . Y ya está en nosotros, y muy adentro, y ya oímos y acatamos sus enseñanzas. Sigámosle ayendo.

Por segunda vez emprendo, peregrino filósofo, la ruta de América. Siempre es para nosotros un momento solemne el de lanzarnos al gran mar. Esto no lo hacemos los europeos más que por una de las siguientes tres razones: por aventura, por oficio o por apostolado.

Desde luego, lo que me impulsa a mí a partir, parece más a lo tercero que a lo primero. Mas yo quisiera, laico de mí, mantenerme, siquiera externamente, dentro de los límites de lo segundo. Si mi mensaje toma alguna vez, como ahora, aires de predicación, que esto sea compensadoramente, a beneficio, no de una revelación, sino de una sabiduría.

Predico por la sabiduría que combate contra la Confusión, la Complicación y la Agitación, monstruos de la vida que, aun siendo contemporáneos, hemos empezado algunos a considerar como anacrónica. Predico la sabiduría de la Sencillez. He aquí ahora, puestos en diez partes, a manera de los mandamientos, las principales reglas del arte de ser sencillo:

I

El primer mandamiento de la Sencillez es el Diálogo. Cualquier silencio prolongado se vuelve orgulloso o bien estúpido; es decir, acaba por situarse por encima o por debajo del nivel de la sencillez. Yerra el estoico cuando, para llamarse sencillo, se envuelve en su manto de altanería. Como yerran el franciscano extremo o el eslavo nihilista, al confundir simpleza con simplicidad. . . . Pero el Diálogo mantiene siempre a flote nuestra conducta, con la continuada disciplina del contraste.

Todo monólogo es, por naturaleza, «descabellado». Gracias al diálogo el alma de los otros penetra intersticialmente en la nuestra, así el peine en el remolino de la cabellera en desorden. Penetra y, con desenmarañarla, la adecenta.

II

El segundo mandamiento de la sencillez es la Risa. Purga la risa a la mente, y tal vez al cuerpo, de hinchazones y de tiesuras. Ablanda aquella rigidez, que anunciaba la inminente mineralización. Y como de lo que se trata es de huir del Mineral--lo más complicado, si bien se mira--y acercarse al Angel--si bien se mira, lo más sencillo--, cuanto aligere nuestro sér y lo propicie al vuelo debe ser mirado y buscado como un factor divino.

Conviene decir, por añadidura, que risa acrecienta discreción. Afirmaba un estadista español muy ingenioso, que todos los hombres nacen con la misma cantidad de broma en el cuerpo. Pero si unos la sacan fuera y aplican a asuntos placenteros, ingrátidos y apacibles, y éstos son los sanos y normales, otros se la guardan y, a su pesar, la broma se les filtra a cosas que debieran ser íntegramente serias. Y de estos últimos hay que huir. ¡Gloria a la risa que descabalga! Este señor se daba tono. Andaba a caballo a nuestra vera. Pero ya se rió. Ya se ha desmontado. Ahora andará honradamente a pie el resto del camino.

III

A pie, a pie conviene ir. En todo. En los paseos, en los oficios, en el amor, en el estudio. En el estudio, sobre todo. Único modo de evitar que el saber, con envanecer, desvanezca.

Euclides, según la leyenda, presentaba un día a Tojomeo Sotero el rollo o volumen que contenía sus *Elementos* inmortales. «¿No hay---le preguntaba el Monarca, tras de pasar los ojos, un poco abrumado por la cadena de principios y demostraciones; tan clara y económica, sin embargo, tan bien ordenada y sencilla---, no hay un camino menos fatigoso para aprender la Geometría?» «No, poderoso señor---contestaba el sabio---. No hay en matemáticas una carrera para los reyes.»

IV

Entre dos explicaciones, elige la más clara. Entre dos formas, la más elemental. Entre dos palabras, la más breve.

V

Nada de *robinsonear*. No estamos en una isla desierta, sino en una ciudad---dentro de otra ciudad, que es la Cultura---dentro de otra, a su vez, que es la Historia.

Levantamos los párpados y vemos inmediatamente compañía. Tendemos el meñique, y tocamos colaboración. Abrimos la boca, y respiramos tradición.

VI

Te apoyarás en tus prejuicios como en el primer peldaño de una escalera. Acaso más tarde descanses en ellos como en un alto belvedere. Joubert escribió: «Mis descubrimientos (y cada cual realiza los suyos) me han devuelto a mis prejuicios.»

Sólo a precio de no querer empezar podrás librarte de seguir. Mucho se ha hablado contra los rebaños de carneros. Pero, ¿qué decir de las desbandadas de carneros!

¿Y qué ganarás, si eres carnero, con ser un carnero original? No habrá para tí más originalidad posible que la miserable de tener cinco patas.

VII

La miseria siempre es patética, contorsionada, sobrecargada.... No seas miserable.

Pero no seas tampoco demasiado rico. Antes pasará un ca-

mello por el ojo de una aguja que un rico entre las columnas dóricas que sostienen el templo de la Sencillez.

Hay que evitar, sobre todo, el «prosperar»; por lo menos, el prosperar demasiado de prisa. Hacienda limitada, heredada y quieta es la más apta para llegar a maestría en el arte de ser sencillo. Prospera, si acaso, de tal modo, que el incremento de tus disposiciones preceda, en armonía casi ajustada, al incremento de tus necesidades. Ni respecto a lo que ayer eras conviene que hoy puedas llamarte a tí mismo «nuevo rico». Sólo a fuerza de años en una posición, te moverás dentro de ella con desembarazo.

Y luego, que tu trabajo sea púdico. Sudar una fatiga en público significa siempre un acto de cinismo.

VIII

Ne quid nimis. La exquisita sobriedad en todo.

Ni de la nobleza conviene abusar. Sé antiguo. No seas demasiado antiguo. Remontarse al siglo XV, ¡qué bien! A las Cruzadas, tanto mejor. Pero si eres antediluviano, siempre tendrás algo de mastodonte.

Lo mismo cabe decir de otras complicaciones. Un triángulo, un cuadrado, cosa perfecta. Un pentágono está muy bien. Un exágono, un octágono, pasen aún. Pero lo mejor que se puede hacer, cuando uno empieza a volverse dodecágono, es inscribirse en un círculo.

Y lo peor, perder la cabeza. . . . Pero también resulta bastante malo perder pie.

IX

El noveno mandamiento de la Sencillez ordena no abusar de la llamada «vida interior». No está el daño en tenerla, una vida interior. El daño está en sentirla. El pecado, en cultivarla.

Quita, quita vida interior. Siempre te quedará demasiada. ¿No ves lo que ocurre con la salud del cuerpo? Quien ve perfectamente, no siente el existir de sus ojos, no se acuerda de ellos. El hombre perfectamente sano no sabría, sino por referencia, que tiene pulmones, hígado o corazón.

Así en lo espiritual, alma perfectamente sana sería la que,

al sobrevenir la hora de la muerte y dejar el cuerpo, se quedase completamente sorprendida al ver que era inmortal.

X

Has por llegar a viejo, candidato a la Sencillez. La Sencillez acabada exige tiempo, para estar de vuelta de muchas complicaciones.

Estos diez mandamientos di un día como norma al plantel de la nueva España que está creciendo en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Hoy los llevo a un ancho continente.... Por lo menos---aunque presumo que también a la otra parte con- vendrían---, a la parte de este continente que habla la lengua de mi madre con las mismas cadencias que ella.

Eugenio D' ORS.

Versos a la desnudez de tus veinte años

Enrique D. ORS

Para «América»

INICIAL

Una muchacha joven se desnuda en mi verso.

Y su perfume a carne joven y sensitiva
abrillantar no puede mis ojos de lascivia.

Baña su desnudez en el agua del verso.

Me basta su mirada, su palabra y su risa
en el ánfora casta de su belleza limpia.

Y hay un olor a carne de muchacha en mi verso.

CARNE TRISTE

En las modulaciones de un gorgceo
la alma deshoja su azahar de fiesta
y por la senda a mis abiertos brazos
vienes a mí sonámbula de pasión y demencia.

No madura la fruta, que presiento sabrosa,
de mis deseos, ni con tu presencia.
El vino agraz de mi sabiduría
puede amargar el vaso de tu carne morena.

Por el camino a mis abiertos brazos
desanda el viaje de tu primavera
y vuelve a mí cuando te sientas triste
carne plasmada en rosas de pasión y demencia!

MARMOL VIVO

Llueve la luna su caricia larga
sobre tu carne limpia de muchacha
púter y sensitiva. Llueve sobre la cándida
adolescencia de tu triple gracia:
la de los ojos negros de distancias,
la de los senos duros inquietantes de savia
y la del sexo tibio.

Cuando la luna pálida
te posee en un espasmo de nostalgias,
ante mis ojos eres mármol vivo y sin mancha.
Pero un tinte en la noche te sonrosa la cara
y una aurora diluye sobre tu piel la gracia
de su color, si la mirada, amada,
llueve en tu cuerpo su caricia larga.

DESEO

Como el agua, con ese rumor de lejanía
y esa inquietud de mar brava, cuando posesa
te sientes de su casto placer, hacerte mía.

Sin emoción hacerme dueño de tu belleza!

Gaspar L. BENAVENTO.

Argentina.

LA TEORIA SUPRANACIONALISTA

Desde el histórico y legendario Cuzeo fue lanzado, recientemente, hacia los cuatro horizontes culturales de la América latina, y quizás más allá, un credo americanista originalmente concebido: FILOSOFIA DEL SUPRANACIONALISMO, que, acaso, en esta hora de responsabilidades étnicas, venga a orientar el pensamiento americano, por una ruta de realidad biológica, donde pueda laborarse prácticamente el gran sueño bolivariano de la confraternidad continental.

Admirable doctrina ésta, pregonera de la más racional y audaz ideología, cuya amplitud moral y cultural, por su grandeza misma, asome, tal vez, sólo como una valiente utopía, en estos momentos en que los destinos de nuestra América india, parecen naufragar para el proceso de su civilización.

Hay en la FILOSOFIA DEL SUPRANACIONALISMO todo un intenso programa de comunidad racial, que desarrollado conscientemente, en sus puntos de vista, traería la consolidación de todos los derechos políticos, sociales y hasta económicos de las naciones indolatinas, atacadas, ayer y hoy, de los males siempre en crescendo: el imperialismo saxoamericano y los satrapistas cacicazgos---agónicos ya---de las últimas tiranías.

El poderoso subtentáculo de esta novísima ideología constituye la supranacionalización de la prensa: de ella emergen todas las posibilidades de solidaridad internacional, de fusión de los derechos constitucionales, de ciudadanía continental, de la invulnerabilidad de las personalidades jurídicas estaduales; y, asimismo, hacia ella convergen todas las aspiraciones políticas y culturales de toda Indolatina, integralmente.

Porque la universalización de la prensa, organizada oficialmente, al amparo de la respetable Liga de las Naciones, como su ilustre autor y gestador lo sugiere, por diferentes aspectos favorables, vendría a constituirse en la mas formidable organización mundial, que pudiera, llegada la hora, contrarrestar cualesquier acción opresora, cualesquier tentativa contra la libertad, dignidad

e integridad americanas. Querría significar esta obra imponderable, la compenetración de todas las fuerzas étnicas, sociales y políticas; la comunión maravillosa de todo el pensamiento americano, federalizado en el mismo anhelo, en el mismo objetivo trascendental de la unificación y del engrandecimiento histórico del Nuevo Mundo.

Así es de vasta y múltiplemente promisoría la teoría de la supranacionalización de la prensa, que, conseguida su efectividad real---no importa el tiempo que la tal magna empresa requiriese, ni las actividades, que las sabemos ya olímpicas, habrían de emplearse---abonarían nuestros humanistas principios de independencia y autoctonismo, desterrando de nuestra civilización todo lo que de gregario e inadaptable hay en ella; sirviendo algo así---no como el piratesco y mal practicado y peor empleado monroísmo sajónés---como nuestra fuerza doctrinaria índica-latina; como la fuente guardadora de los sagrados derechos de los pueblos, o, como el crisol biológico racial donde debe amalgamarse el oro de nuestras excelencias ancestrales, étnicas y anímicas, en la fundición de nuestra propia cultura, para el aporte civilizador al cada vez más depurado, más apremiantemente armónico concierto de la moderna vida humana.



«Se habla mucho de nacientes aþboradas en el mundo de Colón. Se anuncian auroras y amaneceres, se requiere el oído a la epifanía de armonías inefables, de culturas auténticas y revolucionarias, de métodos distintos, de costumbres y moral autóctonos y novísimas, de arte ultramoderno, del hombre nuevo; pero hasta hoy no se alzan sobre el horizonte las alas de una nueva ideología. . . »

Ya ha batido, pues, las suyas, luminosas de nuevas acertadas adivinaciones, la nueva ideología del catedrático del Cuzco y pensador de América, Dr. Víctor J. Guevara. Su indiscutible importancia va haciendo eco,---que se torna en alhagüña fructificación---en el corazón mismo de estos pueblos primaverales. Así es como, con un entusiasmo que justifica la excelsitud de sus ideales, la juventud universitaria boliviana, en el Congreso de Cochabamba, hizo suya la teoría de la doctrina supranacionalista, como una ponencia decidida y consciente de solidaridad ideológica; del mismo modo que, honorables corporaciones como el Congreso Panamericano

de Periodistas de Washington, el Instituto Jurídico Americano de Barcelona, el Comité de Interpretación Latino Americano y de Propaganda del Brasil, y, consagradas mentalidades indolatinas, han acogido con verdadero interés internacionalista, la teoría de este pensador autóctono, que, tan serenamente poseído del valor y fuerza de sus ideas, lanza su dádiva---generosa de pujantes orientaciones---a la corriente propulsora de los destinos presentes y futuros de Indolatina.



Que las juventudes universitarias e intelectuales de todos nuestros países, que las corporaciones de derecho, los diversos cenáculos, las múltiples instituciones jurídicas, los organismos de la prensa, analicen y midan los alcances universalmente beneficiosos que entraña el credo supranacionalista. Que se forme la conciencia de éste en las nacientes generaciones, para que, siendo una fuerza anímica, arraigada en la raza, prevalezca como un sentimiento vernáculo de patria, único y omnímodamente fraterizante, desde el erguimiento de ciclope de México, hasta las latitudes gélidas de la oración de nieve de la Tierra del Fuego.

Antonio MONTALVO.

Quito, Ecuador

FUNDAMENTOS DEL SUPRANACIONALISMO

De «Filosofía del Supranacionalismo»

El fenómeno de la existencia del hombre sobre la tierra, le plantea dos problemas; adaptarse al medio para poder seguir viviendo, y a mejorar su vida y las condiciones ambientes. Al desenvolver el primero, desarrolla actividades iguales a las de los animales o seres vivos y al desenvolver el segundo lo supera a todos, propendiendo a ser libre e indefinidamente superior. De allí que el hombre, sin dejar de tener su instinto de conservación y las inclinaciones engendradas por la necesidad de vivir la vida material o meramente fisiológica en que vejetan las demás especies zoológicas; culturiza sin cesar su mente, se hace sujeto y objeto del progreso histórico, despliega actividades tan delicadas y sutiles que parecen inmateralizadas, descubre las energías de la naturaleza y las leyes de su causación, formándose un sitio dentro del planeta, que visto desde un aspecto risueño o al través de rosáceo cristal, puede decirse que es único, superior a la sujeción de la materia y aún dominador.

Estos dos géneros de actividades, desde que proceden de un mismo ser y están ineludiblemente condicionados por las fuerzas y accidentes cósmicos, no marchan totalmente desvinculados, y más bien, se modifican, interfieren y combinan haciéndose sentir en los dominios de sus esferas, mutuas influencias. Así, en lo que se refiere a la consecución de los medios de subsistencia material, la cultura intelectual le aporta progresiva eficiencia mediante la técnica y la mecánica científicas, y a su vez, el progreso económico fomenta y sugiere el desarrollo y brillantez de las bellas artes y de las ciencias.

Pues bien, todo aquello que se refiere a la conservación de la existencia humana, es decir, al obtenimiento de los medios de subsistencia corporal, a la producción, a la distribución de los productos, al aprovechamiento del territorio, del capital y del trabajo, puede ser materia reglamentaria.

ble, a fin de que las relaciones de los hombres al respecto de esas materias de naturaleza eminentemente colectiva, estén informadas de justicia y conduzcan al progreso y a la posible felicidad. Si son materias susceptibles de ser reglamentadas, es claro que pueden pertenecer al campo propio del Estado o del control social.

También, el ejercicio de la inteligencia en cuanto influye en el desarrollo de las funciones económicas o conservadoras de la sociedad, puede y debe ser del resorte del Estado. En este concepto, la instrucción común y técnica pertenecen al dominio estatal o colectivo; el cultivo de sentimientos gregarios como los de simpatía, igualdad, solidaridad y las mismas artes bellas, como la música, la escultura, en tanto puedan servir de estimulantes colectivos y proporcionar armónicos goces comunes.

Más entonces, hay en el individuo humano una especie de actividades distintas a las pragmatizables, que forman su campo autónomo psíquico, el manantial de su espontaneidad, que le realzan y elevan hasta un plano de dignificación singular y de sustancialización personal y evolutiva con destinos idealistas y propios: causa inagotable y perpetuamente inspirada de su transformación y mejoramiento, verdadera energía creadora y razón suprema y profunda de la constante inquietud con que teje desde lo recóndito y supraconsciente la trama de la historia. Ahora bien, el individuo para ser causa, necesita ser libre en ese dominio, y como al producirse en él, no plantea ninguna incompatibilidad colectiva y ejercita funciones muy por lo alto de las meramente económicas y políticas; debe estar exento de todo control estadual y de todo arreglo económico y socializador. Las instituciones y los arreglos políticos y sociales, pueden someter a su subordinación las manifestaciones o actividades de naturaleza concurrente, capaces de afectar formas o cantidades que, habiéndose hecho por mecanismo artificial, el privilegio de unos signifique el menoscabo del patrimonio de otros; pero aquellas manifestaciones y virtualidades inmunes, inocuas y extrañas a esas incompatibilidades y cuya libre fecundidad es más bien la causa honda y remota del progreso humano, no deben ser sometidas. Piénsese en un ejemplo: en la religión, y no por su pretendida preeminencia sino porque pertenece a un orden antiguo, diferenciado y general. Pues bien, la religión considera,---fuera de su forma positivista en que puede derivar con-

secuencias materiales sobre el orden social y político-- , como la metafísica del sentimiento del universo, de ese sentimiento con que el hombre protestando de la fugacidad, de la magrura y de la tristeza de los destinos humanos, busca algo grande y permanente capaz de consolarle en su inclinación al más allá imperecedero; no puede ni debe ser cosa sujeta a pragmática artificial ninguna. ¿Con qué objeto subordinarle? La religión en su origen mental, como producto del sentimiento íntimo, es inasible, incoercible; basta intentar regularle o dirigirle para que deje de ser la expresión de la conciencia íntima del individuo, para que no sea ya lo que se quiso que fuese: su religión. Y si se le impone en aquella parte en que puede ser coercible, en su aspecto material o ritual, entonces lo que de ella queda es su apariencia hipócrita.

Si pues hay materias reglables e irreglables; el Estado, el derecho y la política, sólo pueden ocuparse de las primeramente nombradas, dejando a su libre vuelo, a su espontánea evolución y a su propio surgimiento y expansividad, a eso que es el alma mater, la gémula siempre viva, la mimesis de la especie. Si la sociedad existe por el individuo y para él, y en éste, hay un principio innato y suprasocial que es la razón misma de la progresividad de la especie; no puede la sociedad pretender supeditarle a su control restrictivo sin conspirar contra el principio de su ser. He allí, que la suprasocialización de los elementos primarios, que son el sustentáculo y la razón de ser de la sociedad y de la persona racional, está fundada en la naturaleza humana, en las profundas y radicales fuentes de la vida. Si el hombre ha de existir y la naturaleza de su existencia le hace desarrollar propiedades primarias y cualidades esenciales constitutivas de su ser, anteriores a toda cooperación, al término lejano de cuyo desenvolvimiento se diseña la meta de sus destinos; la suprasocialización de ellas, radica en la raíz de la existencia humana, debiendo el Estado y la sociedad, prestarles medios, facilidades y cauces para coadyuvar a sus actividades siempre benéficas y de todos modos concordantes con la íntima organización de la especie.

Se podrá acaso decir, que entonces se trata de revivir la antigua teoría de los derechos naturales, de esos mismos, que pretendiéndose derivarlos mediante las simples deducciones hechas por la razón, de la naturaleza humana reputada co-

mo absoluta, inmutable e inviolable fueron considerados como anteriores y superiores a la sociedad civil, para sacarse la consecuencia, de que el Estado, órgano del derecho, tenía que guardar y respetar preferentemente esos derechos naturales.

La objeción carecería de fundamento. En efecto; es explicable que para el filósofo jurista racionalista no existiera dentro de la inmensa concurrencia de las energías cósmicas, otra cosa divina y eterna que el derecho, y mirando su horizonte visual con ese preconcepto, colocará el derecho con el pomposo título de los derechos *naturales* como origen y fuente perpetua de la vida y de la acción. Sería un espejismo igual al padecido por aquel que, creyendo ocupar el centro del mundo apreciase la posición y la importancia de las cosas con referencia al punto que ocupa. Más, para el observador experimentalista, los derechos no son absolutos sino relativos, y los que deduce el razonamiento de la naturaleza humana, son también relativos al momento de la evolución de dicha naturaleza y al grado de apreciación que hace de ellos la mente con sujeción al número y a la justeza de los datos suministrados por las investigaciones científicas. Sobre todo el derecho no es el centro de las energías cósmicas, ni siquiera del mundo moral, pues cabe concebir su inutilidad, allí donde el amor llevado al extremo de la caridad cristiana, de amar al prójimo como a sí mismo y darle todo cuanto se posee, hace innecesaria la norma reguladora de las prestaciones obligatoriamente exequibles. Por más allá del derecho, existen por consiguiente, cualidades, facultades y funciones que sin necesidad de ser absolutas e inmutables, forman un dominio eminente, donde arraiga la fuente de la vida y de la acción: como en los seres inorgánicos, sus propiedades constituyen las causas de sus fuerzas, de cuyas constantes formas de sucesión y modalidades de combinación, la razón induce las leyes llamadas naturales.

En esas facultades y elementos cabe distinguir, dada la complejidad y la fecundidad de la naturaleza hominal, una serie de especies, que empezando de las más fundamentales y menos sometidas a la acción e influencias de la voluntad humana o de sus leyes facticias llegan hasta las que están más sometidas a su control.

¿Cuáles son esos principios primarios, inlegislabes, ante-

riores a todas las leyes civiles, que encierran el germen del desarrollo de todas ellas y son en cierto modo su causa?

El hombre de estos tiempos barrunta, columbra su existencia y sus especies sin que le haya sido posible aún, determinar positivamente su esencia y sus diferenciaciones sustanciales. De esa deficiencia, resulta la coexistencia de escuelas filosóficas que pretenden explicar por principios contrarios y excluyentes los grandes problemas del universo y de la vida. Cuando la ciencia se dé cuenta de la naturaleza intrínseca de los seres, determinando en qué consisten sus principios, cuántos y cómo son; entonces la orientación de las ciencias morales y jurídicas se definirá y su marcha progresiva hacia la consecución del bien colectivo e individual será más segura y firme.

Entre tanto, le basta al hombre saber, que arrojado en medio de la existencia, puede mejorar de condición como en verdad amejora, a la medida del estudio de las energías de la materia y de sí mismo y de sus esfuerzos, para que proceda a intensificar ese estudio, dominar las fuerzas y crear organismos e instituciones provisionales, reemplazables unas por otras según su mayor utilidad y rendimiento.

La comprensión grandiosa del destino último del universo, la asunción de poderío inmensurable sobre las energías y cuerpos cósmicos, la compenetración o hipóstasis estética con todo cuanto encierra belleza y sublimidad y como síntesis de todo esto: una sublimación y dilatación inmortales y omnipotentes de la vida humana; son los nortes a los que se dirige la acción del hombre desde que existe y a los que continuará dirigiéndose probablemente hasta que el planeta le preste hospitalidad, para lo que cuenta con facultades y funciones apropiadas, muy superiores a cuantas conocemos en los otros seres de la escala biológica, dotadas de progresividad y poder incesantes y asombrosos. Esa dirección y encaminamiento constantes que la naturaleza le exige al hombre, en el sentido de representársele, dominarle, gozarle, ha trazado y formado en él, aptitudes y facultades readaptativas correspondientes; que en cuanto son las fuentes de las actividades que se dirigen a comprender y poseer la materia, no pueden estar sometidas a los cánones adventicios de las colectividades políticas. El espíritu gozará siempre interiormente, y debe gozar en lo externo, de amplia y absoluta libertad para investigar la verdad, conocer las leyes físicas y disfrutar de las emociones deleitosas que ofrece el panorama del mundo.

¿Cómo podría el Estado, entidad mediaria, submoral y subcientífica determinar criterios o métodos para aprehender la verdad? ¿Qué valor y eficiencia tendrían los que expidiese? ¿Qué podría prescribir sobre los modos y estados de conciencia con que debe sentirse la emoción estética?

Junto al ejercicio de esas facultades fundamentales, existen por otra parte, ciertos elementos o formaciones culturales que se han desarrollado y que deben seguir desarrollándose libremente, por encima de toda frontera social a fin de poder realizar su misión. Uno de ellos es la palabra. Considerada ella en su significado ordinario y simple, parece a primera vista, que su libre uso debiera estar exento de toda taxativa y limitación. En efecto, no se alcanza a imaginar cómo y con qué razones, ni derecho, pudiera impedirse su libre empleo. Sin la palabra no existirían las civilizaciones ni es posible concebir siquiera, la sociedad ni el hombre mismo. Si se le pudiera suprimir: desaparecería el tesoro de las escrituras y toda la riqueza intelectual y moral del ser humano. Más, a pesar de la evidencia de la libertad que debe tener su circulación, surge enseguida la silueta de una interrogante restrictiva: ¿y si se hace mal uso de la palabra, y mediante ella, se dañan al prójimo y a la colectividad? A lo que contestan quienes detentan el mando y el poder religioso, civil o social: que por eso, es justo precaver al individuo y a la colectividad de los daños de su mal uso. Así ha resultado la restricción de la palabra. En consecuencia, las religiones han prohibido y prohíben hablar lo que no sea conforme con su verdad dogmática.

Cuando la palabra alcanza su perpetuación, gracias a la escritura, entonces los que ejercen el gobierno de las agrupaciones, para conservar los privilegios de la casta dominante, o también de buena fe, los derechos de quienes creen que forman toda la colectividad política; supervigilan, controlan y regulan el empleo de la palabra, prohibiendo los escritos que pudieran a su juicio innovar y perjudicar dichos intereses, castigando severamente las infracciones. Es la etapa de las ediciones e interpretaciones oficiales y religiosas, de las censuras, autos de fe, prisiones, destierros y asesinatos truculentos, que se prolongan hasta nuestros días en cantidad y variedad proporcionales al atrazo de las colectividades políticas y a la primitividad de sus gobernantes.

Más, es desde la época en que la palabra se imprime

por la prensa, que todas las jaurías de los gerentes de privilegios, de sectas y de intereses bastardos, se ponen afanosos y afligidos, en movimiento y acción. El benéfico invento de Gutenberg, que perpetúa, difunde, dinamiza y ubicúa la palabra, ha llevado la alarma, la consternación y los cuidados más angustiosos a las clases conservadoras, eclesiásticas y gobernantes. En efecto, el mundo social es enardecido y convulsionado con transformaciones extraordinarias sobrepajantes, inauditas. La palabra antes escuchada de la cúspide de una colina o de una atalaya y aunque saliera de los labios del hierofante o del jefe, si bien llevaba todo el colorido y la sugerencia de la voz viviente del hombre, estaba llamada hasta ese día a perderse en el horizonte auricular, a sufrir la fugacidad de la memoria y a transmitirse en el espacio y en las generaciones, corta, adulterada e incompleta; desde Gutenberg se transmite por siempre y simultáneamente por los espacios, al través de fronteras, murallas, creencias y razas, siendo el verdadero verbo divino. Y después, rotativas potentes, con los inventos auxiliares del telégrafo y de la radiodifusión, imprimen al mismo tiempo en toda la redondez del planeta, las noticias, las ideas y las verdades que interesan a la humana especie, haciendo llegar su conocimiento al intelecto de todos los hombres, desde los campos hasta las grandes fábricas. Bajo estas condiciones, primeramente se han formado al calor de los intereses grupales y a los atajos de las fronteras, conciencias nacionales, a veces exclusivistas e imperialistas, y enseguida se ha dado comienzo a la formación de una conciencia humana, constituida por los grandes y universales intereses y conveniencias de la especie; etapa en que la lucha no ha de ser entre las naciones y entre los individuos, sino contra las deficiencias de la existencia dentro de una cooperación fraternal-supranacional, con el íntegro de las facultades,—que aún así, resultan minúsculas en relación a la alteza del objetivo—, y aprovechando cuanto el planeta y las fuerzas siderales, como el propio mundo interior contienen, para hacer de la vida un cuadro siempre nuevo, siempre bello, siempre fascinador.

El factor insustituible y eficaz que conduce a este resultado, es la palabra impresa o la prensa. Con el conocimiento de los datos, estudios y descubrimientos que proporcione y difunda libremente por todo el orbe, como gigantesco condensador e irradiador que es, hará la siembra de nuevas ideas y capaci-

tará a los hombres para multiplicar y potencializar sus esfuerzos y actividades, produciendo combinaciones, arreglos y progresos acelerados y sorprendentes.

Pero esto no puede verificar la prensa, sino siendo completamente libre y gozando de la más amplia y franca circulación. Necesita portar la simiente de las más exóticas nociones al través de los entendimientos y de las colectividades en la apariencia menos concordantes y acogedores, porque así los extremos de las direcciones confluentes abarcarán mayor amplitud. No sólo eso, sino que su paso y circulación tienen que ser facilitados, socorridos y protegidos larga y diligentemente, con la misma largueza y diligencia con que podría fomentarse los de la sangre que lleva la nutrición y la vida por el organismo, si ese fenómeno pudiera ser voluntario.

Sin embargo, resurge aquí la incógnita restrictiva reclamando despejo satisfactorio en homenaje a los derechos de la verdad, del bien, de la paz, del honor y de los intereses nacionales que pueden ser dañados por la prensa. En efecto, no hay ninguna imposibilidad en que la mala fe pudiera usar la imprenta con el objeto de lesionarlos, y por consiguiente, elemental medida de prudencia aconseja limitar su uso, permitiendo sólo el bueno, prohibiendo el malo y castigando a los que hubiesen incurrido en infracción o delictuosidad; y también como las autoridades nacionales son las únicas capaces de aplicar debidamente el criterio de justicia en tales casos, la prensa debe seguir sujeta a sus respectivos Estados nacionales.

En primer lugar, es necesario discernir, si es la mala fe la que en los dichos casos ha hecho el daño o es la prensa, y ya que se cree que el remedio consiste en hacer supresiones o restricciones; restrínjase o suprimase si se puede, la mala fe, que es la causa y no la prensa que simplemente le ha servido de medio.

En segundo, si se afirma el derecho de la sociedad para castigar, es forzoso aceptar el del individuo al libre uso de la prensa; pues el castigo sólo procede cuando libremente se ha hecho mal uso de una facultad.

Luego no se puede saber aún definitivamente, que cosa es buena y qué cosa es mala. Lo bueno y lo malo con relación al derecho positivo, existen claramente determinados en los códigos de los pueblos; mediante el criterio de las acciones punibles; pero como la vida jurídica no agota toda la exis-

tencia humana y más allá del derecho, existen actividades del hombre y de la sociedad, no se tiene expedito el criterio seguro para distinguir en general lo bueno de lo malo. Más todavía, como más allá de la moral, es decir, de lo bueno y de lo malo, existen actividades y energías que no están sometidas al control voluntario del hombre para poder ser malos ni buenos, lo que no impide que sean manifestaciones y desenvolvimientos de su energética; es claro que la distinción entre lo bueno y lo malo para el objeto de permitir aquello y evitar éste, no contiene la solución eficaz del asunto.

En tesis general: no es lógico que por el abuso de un principio de una facultad se quiera suprimir el mismo principio o la facultad, so pretexto de precaver o evitar el daño del abuso; pues no es el principio sino su corrupción lo que causa el daño del abuso, y esa corrupción, está en la voluntad del agente que necesita educación y enmienda, y así, el abuso es externo y contrario al principio, no pudiendo por lo tanto, hacérsele responsable o condenársele por las consecuencias de aquello que precisamente es su contrario u opuesto. Un procedimiento distinto como el que propugnan los partidarios de la restricción y censura de la prensa, conduciría a las más lamentables consecuencias. Todo factor, todo bien, todo cuanto existe, puede ser materia de abuso o exceso. La circulación de la sangre, por ejemplo, si se realiza con exceso o con inusitada celeridad, causará desmedro en la salud. La función cerebral, si se ejercita con desmesurada intensidad. Cualquier bien considerado parcialmente, producirá desequilibrio y perjuicio, si se le lleva a cabo con exageración excluyente. El hombre, es fuente de abusos, y a estar a la teoría de nuestros precavidos opresores que siempre son quienes tienen mando o se atribuyen superioridad, habría que suprimir al hombre para evitar radicalmente el abuso.

No, el abuso es una excepción y como tal debe ser tratado en sus circunstancias particularísimas, actuando con la reeducación o con la pena sobre la propia voluntad nociva del agente, pero de ninguna manera contra el elemento básico, materia ocasional del abuso, que cuando es de especie primordial como la palabra hablada, escrita, impresa o irradiada, debe ser absolutamente libre, hágase buen o mal uso de ella.

Y tampoco es la jurisdicción nacional, la que deba juzgar si los órganos de la prensa deben o no acogerse dentro de las fronteras nacionales, reglar sus condiciones y circuns-

tancias y darle o negarle salvoconducto, o acaso considerarse con potestad para suprimir o suspender alguno de sus órganos. Si la prensa tiene que ser esencialmente libre, ninguna jurisdicción territorial puede oponerle cortapisas o reglamentaciones obstructoras. Los actuales Estados, deben celebrar sobre asuntos de trascendencia humana, como éste, convenciones que tengan por objeto reconocer la generalidad de sus principios constitutivos y rodearles de seguridad y protección, instituyendo ligas continentales o raciales para mayor eficacia, y como consecuencia del carácter internacional de la materia, organismos supranacionales que respondan a la amplitud del objeto y a su naturaleza esencialmente humana. Hemos visto antes, que la palabra impresa, por ser uno de los elementos primarios de la vida humana, es anterior y superior al derecho y a toda ley positiva y es inlegislable por los poderes legislativos nacionales, en el sentido de trazarle direcciones, inspiraciones, motivos, formas, usos, pautas, etc.; con lo cual no se trata de exonerar a los gobiernos del cumplimiento de su deber de expedir las leyes tutivas y de seguridad que necesite la prensa para su mayor desenvolvimiento, elevación y libre circulación, tanto mejor si fuese llenando la tarea que les señalare el Instituto Supranacional en su plan de organización. Las actuales Constituciones políticas de los Estados contemporáneos, colocan en sus articulados, disposiciones tendentes a rodear de seguridad y facilidades al ejercicio de los derechos fundamentales del hombre, bajo la denominación corriente de «garantías», y consignan declaraciones solemnes de los referidos derechos fundamentales del hombre, haciendo constar que se limitan a reconocer su existencia sin pretender crearlos. Si pues hasta estas tradicionales constituciones reconocen que hay actividades superiores al Estado; nada es más conforme con el adelanto de la ciencia social que convenir en que en efecto, existe un sector indemne e inmune a la acción de la ley que suele ser en ocasiones empequeñeciente y aún conculcadora.

Resumiendo tenemos: que hay un orden en la vida humana que es inlegislable, porque es superior y causa de toda ley positiva, donde se ejerce la virtualidad propia de la especie, más allá de la libertad y de toda institución de cultura; que aún dentro de la vida social reglable hay derechos primordiales que son la causa y el fin del Estado y de la sociedad; que por consiguiente, hay base para fundar la supranaciona-

lización de algunos grandes intereses y servicios, como el de la prensa, en bien del hombre, es decir, para el reconocimiento consciente y positivo por los Estados del carácter supranacional de dichos elementos y para la institucionalización de un organismo internacional que haga efectiva la supranacionalización y expida las disposiciones, de fomento y seguridad que deben cumplir los Estados en sus respectivas jurisdicciones y en su obra conjunta.

Cuzco, Perú.

Víctor J. GUEVARA.

POESIAS

:SALUDO DE LOS PUERTOS

Hombre del Ecuador, arriero, agricultor
en la tierra pintada de dos climas,
conductor de ganado sobre la cordillera,
vendedor de mariscos y banano
en la costa listada de luces y de mástiles,
cultivador del árbol del caucho
y dueño de canoas en el río Amazonas,
yo te mando el saludo de los puertos
desde estos paisajes manufacturados.

Amsterdam de chocolate:
los zuecos de las barcas en el canal hortelano,
casitas peinadas y limpias
como sirvientas educadas
y un aire muy perito en la jardinería.
Hamburgo azucarado de nieve
con su pipa metida en la funda del Elba,
el lenguaje marítimo de las grúas chillonas
y la alegría naval
de los astilleros fundadores de colonias.
Marsella de barcas pintadas
con el color de los trajes de los hombres de color;
los vendedores de pescado
saben las canciones de las cinco partes del mundo
y se eriza en las mesas la piña del Africa
al lado del melón cosmopolita,
las aceitunas negras
y el fondo submarino
preparado en conserva.

Trenes equilibristas
sobre los puentes afilados de la noche.
El convoy atraviesa la cascada del alba.
He aquí hasta la mitad del cielo
París, el primer puerto de los hombres:
Muelles del Sena con su pesca de libros;
Luxemburgo, paraíso de las nodrizas;
Tour Eiffel, la jirafa de las torres.

Mi salud canta oyendo los aviones
de la primavera internacional
aerrear la madera preciosa del cielo.
Estoy en la línea de trenes del oeste
empesado en el registro del Mundo,
anotando en mi ventanilla
nascimientos y defunciones de horizontes,
encendiendo en mi pipa las fronteras
ante la biblioteca de tejados de los pueblos
y amaestrando el circo de mi sangre
con el pulso cordial del universo.

EL DESAYUNO DEL MUNDO

Las Cuatro horas desnuditas
parten en cuatro tajadas
la mañana de sandía.

Un ojo azul se abre en la altura,
Aprende a los niños del mundo
el Catecismo del azúcar.

Del teatro de terciopelo de la noche
salen las ventanas
con los ojos bañados en lágrimas.

Los relojes no cesan de cantar
su canto de polilla
en un huequito de la eternidad.

Van haciéndose agua
en el cielo de sandía
las estrellas azucaradas.

Toma el mundo recién lavado
sus cucharadas de luz
con rebanadas de campo.

Jorge CARRERA ANDRADE.

Evangelio DIX DE MIRINA

Publicada por el Ministerio de Educación y Cultura
 en el marco del programa de apoyo al sector
 cultural del Ecuador

LOS POETAS DEL ECUADOR

Guillermo Bustamante y "Reflejando la Vida."

De «El Diario» de La Paz.

En diversas oportunidades nos hemos ocupado de "América", ese vigoroso vocero americanista que se edita en Quito y uno de cuyos directores es precisamente este admirable Guillermo Bustamante, tan recio prosista como exquisito poeta.

Bustamante, de quien "EL DIARIO" ha publicado algunos poemas en su "Suplemento dominical", dió ya en 1923 su "Alba Sentimental". Ahora, "Reflejando la vida", afirma con perfiles más firmes y más afinados, la esencia de su poesía espontánea y musical.

Ausencia de vanguardismo. No hay tentativas dislocadas. El cerebro no tiene que esforzarse para comprender estos versos henchidos de naturalidad. Bustamante pertenece al sector de "retaguardia" como desdeñosamente dicen los izquierdistas "a outrance". Pero cuanto más vale esta siembra serena, laboriosa y comprensiva que es arte en el fondo y en la forma, que no la lluvia multiplicada de imágenes inconexas, el disparate artístico autorizado por una increíble ofuscación de copiar los moldes que se cree nuevos.

Basta leer "Mi Madre" para hallar el corazón sensible y nobilísimo del aeda. O aprisionar el ideal de "Sube a la Montaña"—profundo y claro como el pensamiento de Neruo—para encontrar el ritmo de una filosofía armoniosa de serenidad, meditativa, que sabe otear el horizonte en busca de la infinita verdad. O ese bellissimo relato que es "La Oración del Trabajo" para comprender el afán generoso de este poeta que no satisface su inquietud con el hallazgo de la suavidad elegíaca, y sabe también cincelar estrofas prietas de humanidad, donde la vida palpita en su multiforme actividad y el verso se hace recio y se hace grande para loar esas trabajadoras manos de los rústicos...

Es difícil encuadrar dentro de la severa disciplina de la métrica la fuerza que requiere toda narración poética. Pero Bustamante conoce el secreto y su talento descriptivo, sin perder el equilibrio que le exige la perfección arquitectónica de su verso, sabe tocar con sabios coloridos sus cuadros y sus poemas campestres se hacen gustosamente leer.

Motivos eróticos—no podían faltar en el hondo lirismo del poeta—matizan bondadosamente el libro. Y después emoción, pura y sencilla limpidez de expresión y acierto en el elemento plástico de las composiciones.

Es un bello libro "Reflejando la Vida". Y Guillermo Bustamante, al acrecentar el caudal lírico del Ecuador, asienta su personalidad con firmes tonos. Más tarde, conoce e nos el máximo aporte de su pluma que ac usa un pronunciado progreso desde "Alba Sentimental" hasta "Reflejando la Vida".

Entretanto, tendamos las manos ávidas de cordial saludo al amigo lejano que nos sorprende con una nueva expresión de su talento poético.

Fernando DIEZ DE MEDINA.

BIBLIOGRAFIA

La Editorial España, de Madrid, nos ha remitido una hermosa novela de la pos-guerra, titulada *Carlos y Ana*, del escritor aplaudido en Europa Leonardo Frank.

Agradecemos el envío.

Por haberse suspendido, durante algunos meses, la publicación de nuestra Revista no agradecemos, oportunamente, una fineza de los editores de Europa-América. Hoy lo hacemos complacidos. Los dos valiosos libros se titulan: *La Derrota*, por A. Fadeiev y *Diez días que estremecieron el Mundo*, por John Reed.

Los que se interesan por los acontecimientos de la Rusia contemporánea deben adquirir estas obras. La dirección de la Editorial es: Ediciones Europa-América. 75, Rue de la Roquette, París (XIe).

La Casa editora Estudios, que funciona en Valencia, ha comenzado a publicar unos Cuadernos de Cultura, colección de trabajos importantísimos. Hemos recibido *Socialismo*, por Marín Civera y *El Universo*, por Ricardo Remartínez. Anuncia la aparición de otros cuadernos, que serán un valor imponderable para las personas que necesitan adquirir una ilustración vasta.

Bajo la dirección de F. Humanes se están publicando una colección de obras selectas. Han llegado a nuestras manos: *Aventuras de un Mayorazgo Escosés* y *La casa solitaria*, que fueron escritas por Robert Louis Stevenson.

La dirección de esta Casa es: Ediciones La Nave. Campananes, 8. Apartado 644. Madrid.

Además de las obras anotadas, también hemos recibido, enviados por sus autores, a quienes agradecemos cumplidamente, las obras que anotamos a continuación, de las que haremos extractos para nuestros lectores en ediciones próximas:

MANUEL GALVEZ: *Los Caminos de la Muerte*. Escenas de la guerra del Paraguay. Segunda edición.--Librería y Editorial "La Facultad" de Juan Roldán y Cia.--Florida 359. Buenos Aires, Argentina.

HIGINIO NOJA RUIZ: *Como el Caballo de Atila*. Novela.--Biblioteca Editorial Estudios. Apartado 158, Valencia, España.

PEDRO AULINO: *Los Ciegos*. Cuentos.--Dirección del autor: Pepiri 654. Buenos Aires, Argentina.

VICTOR H. ESCALA: *Mosaico* ---Dirección del autor: Legación del Ecuador. Caracas, Venezuela.

OSCAR EFREN REYES: *La Vida y la Obra de Manuel J. Calle*. Tercera edición.--Quito, Ecuador.

SANTIAGO ARGUELLO: *Letras Apostólicas* ---Calle I, N.º. 15, Vedado. Habana, Cuba.

JOSE NUÑE-SARDI: *El Hombre de allá lejos*---Caracas, Venezuela.

HAN RYNER: *El Subjetivismo*---Biblioteca Editorial Estudios. Apartado N.º. 158. Valencia, España.

LAUREANO VALLANILLA LANZ: *Cesarismo Democrático*. Estudios sobre las bases sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela. Segunda edición corregida y notablemente aumentada.--Apartado N.º. 151. Caracas, Venezuela.

JESUS DE SOTO: *Aspectos de la Nueva Ideología Mexicana*. ---Talleres Gráficos de la Nación. México, D. F.

DIEGO POVEDANO: *Araucá*. Novela histórica referente a los indios Güetares de Costa Rica y a los Mayas de Yucatán, México.--San José, Costa Rica.

FERNANDO ORTIZ: *José Antonio Saco y sus Ideas Cubanas*---La Habana, Cuba.

EZEQUIEL PADILLA: *En la Tribuna de la Revolución*. Discursos.-- Editorial Cultura. México.

VICTOR M. RENDÓN: *Encantamientos Patrios*. Poesías -- Dirección del autor: 58, Boulevard Josepp Garnier. Niza, Francia.

JUAN ULLOA: *Malices*. Poemas -- San Salvador, El Salvador.

J. M. COVA MAZA: *Mocedades de Simón Bolívar*. (Segundo viaje) -- Barcelona, Venezuela.

CARLOS B. QUIROGA: *La Raza Sufrida*. (Novela americana). Dirección del autor: Sarmiento 776. Buenos Aires, Argentina.

CIRO NAVA: *El Libro de los Fragmentos*. (Páginas de ayer y de hoy) -- Caracas, Venezuela.

GUILLERMO BIANCHI: *Apuntes Provincianos* -- Dirección del autor: Consulado General de Chile. Sao Paulo, Brasil.

ERNESTO SILVA ROMAN: *El Duño de los Astros*. Cuentos -- Santiago de Chile.

JULIAN PETROVICK: *Naipc Adverso* -- Santiago de Chile.

JUAN CARLOS ABELLA: *Andén*. Poesías -- Dirección del autor: Tristán Narvaja 609. Montevideo, Uruguay.

DIÉGO CARBONELL: *En torno a la Ciencia* -- Caracas, Venezuela.

El Dr. Vicente Dávila incansable investigador de la historia de su patria, nos envía algunos de sus trabajos importantes, que agradecemos: *Archivo del General Miranda*, *Acciones de Guerra en Venezuela durante su independencia*, *Don Sancho Briceño*, *Investigaciones históricas*. También le acusamos recibo de los boletines del Archivo Nacional y Academia de la Historia.

Alberto Laespada
Luis I. Méndez
Gervasio Guillón Méndez
Álvaro Guillón Méndez
Melchor Méndez Méndez

Calle 12 de Mayo N. 1115
Montevideo, Uruguay

LIBRERÍA EL ALBA
CARRERA 101 N. 2025
Bucaramanga, Colombia

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras.

Fundador:
ENRIQUE MATTA V.

Director:
FELIX NIETO DEL RIO

Dirección:
CORREO 8

Santiago, Chile

CLARIDAD

REVISTA DE ARTE, CRITICA
Y LETRAS.

TRIBUNA DEL PENSAMIENTO
IZQUIERDISTA.

Director:
ANTONIO ZAMORA.

Dirección, Administración:
San José 1641—Apartado N°. 736

Buenos Aires, Argentina.

TIERRA NATIVA

Revista Gráfica Semanal

Director:
J. M. SALAZAR ALVAREZ

Dirección:
Carrera 10., N°. 268
Bucaramanga, Colombia

ELITE

Revista semanal ilustrada.

Director-Editor:
JUAN DE GURUCEAGA

—
Suscripción anual, B 90

Oficina:
Principal a Santa Capilla, N°. 6
Caracas, Venezuela

Revista Bimestre Cubana

Publicación de la "Sociedad Económica de Amigos del País"

Director:
FERNANDO ORTIZ

Dirección:
Calle L. esq. a 27.
Habana, Cuba

La Cruz del Sur

Revista de Arte y Letras

Redacción:
Alberto Lasplaces
Jaime L. Moranza
Gervasio Guillot Muñoz
Alvaro Guillot Muñoz
Melchor Méndez Magariños

Calle 18 de Julio N°. 2128
Montevideo, Uruguay

Extracto del Catálogo de la Editorial TOR

A

<i>Abelleira</i> , Con las alas abiertas.....	1.50
<i>Adler</i> , Místicas.....	1.50
---Cánticos de Raquel.....	2.---
---La divina tortura.....	2.---
<i>Aguirre N.</i> , La Bellísima Floriana.....	4.---
<i>Alán</i> , La muerte del general Pando.....	1.50
<i>Alarcón A.</i> , Relicario (Poesías).....	3.---
<i>Alarcón Pedro</i> , El Capitán Veneno.....	1.---
---El final de Norma.....	1.50
<i>Almafuerte</i> , Poesías y Evangélicas.....	2.---
<i>Alvarez del Vayo</i> , La nueva Rusia.....	1.50
<i>Alvo</i> , Las que no deben amar.....	0.60
---Una mala mujer.....	1.---
<i>Amador</i> , El cántaro y el alfarero.....	2.50
<i>Andreiew</i> , El rey hambre.....	0.60
---La risa roja.....	0.60
<i>Anuario Estadístico de Bolivia</i>	8.---
<i>Arguedas</i> , Fundación de la República.....	6.---
<i>Arte de ganar en las quinielas</i>	1.---
<i>Ascarrunz</i> , Hombres célebres.....	3.50
<i>Asuero</i> , Sus curas.....	1.---
<i>Avellaneda</i> , La flauta de cristal.....	2.---
<i>Azarota Gil</i> , La huella de mis sandalias.....	2.50

<i>Azlor</i> , Ritmos en el camino.....	2.---
---	-------

B

<i>Baker</i> , Memorias de Josefina.....	1.---
<i>Balboa S.</i> , En el país de Montiel.....	2.---
<i>Balcázar</i> , La cruz roja Boliviana.....	4.50
<i>Baldivia</i> , Un año de arte en La Paz.....	2.50
<i>Barbusse</i> , Palabras de un combatiente.....	1.---
---El resplandor en el abismo.....	1.20
<i>Barchetta</i> , Al margen del abismo.....	2.---
<i>Barclay</i> , Siguiendo la Estrella.....	2.---
<i>Bardina</i> , Arcaísmo de la misión belga.....	2.50
<i>Barletta</i> , María Fernanda.....	1.50
---Los vientres trágicos.....	2.---
---Vidas Perdidas.....	2.50
---Royal Circo.....	2.50
---Juan Pedro Calou.....	1.50
<i>Barnum</i> , El arte de hacer millones.....	1.50
<i>Baroja</i> , El gran torbellino del mundo.....	1.50
---Las veleidades de la fortuna.....	1.50
<i>Barrios</i> , Y la vida sigue.....	1.---
<i>Bases</i> , El A. B. C. de la Radiotelefonía.....	0.50
<i>Baudelaire</i> , Las Flores del Mal.....	1.50

<i>Bayá</i> , Yo acuso al diario «La Nación».....	2---	<i>Bonazzola</i> , El hechizo de una sombra.....	2---
---La vanidad criolla.....	2---	---El alma desnuda.....	2---
<i>Belda</i> , La suegra de Tarkuino.....	1.50	---Horas de sosiego.....	2---
---El alumno interno.....	1.50	<i>Brandes</i> , Nietzsche.....	3---
---La farándula.....	1.80	---Ibsen.....	3---
<i>Benavento</i> , Sol de amanecer.....	1.50	<i>Brousson</i> , A. France en la Argentina.....	2---
<i>Betnaza</i> , Rosas del alva.....	2.50	<i>Brunet</i> , Aventuras galantes de Pigault.....	1.50
---Fiesta de los sueños.....	2.50	<i>Bufano</i> , Poemas de Cuyo.....	2--
<i>Blasco Ibáñez</i> , Entre naranjos.....	1.50	---Tierra de Huarpes.....	2---
---Sangre y Arena.....	1.50	<i>Burdett</i> , La independencia de Bolivia.....	2---
---El Paraíso de las mujeres.....	1.50	<i>Buren</i> , La hora de emoción.....	1.50
---Los 4 ginetes del Apocalipsis.....	1.50	<i>Burgos</i> , Cuentos de la Puna.....	1.--
---En busca del gran Kan.....	1.50	---María Rosario... ..	2.50
<i>Blomberg</i> , Los habitantes del horizonte.....	0.60	---La sonrisa de Pucapuca.....	2.--
---Los soñadores del bajo fondo.....	1.50	---Coca, Chicha y Alcohol.....	2.--
---Las islas de la inquietud.....	2---	---Kanchis Soruco... ..	2.--
---Pancha Garmendía.....	1.--	---Cara de Tigre... ..	2.--
---Los peregrinos de la espuma.....	1.50	<i>Burich</i> , Nuevas Historias.....	2--
---Los pájaros que lloran.....	2---		
---El pastor de estrellas.....	2---		
---La pulpera de Santa Lucía.....	2---		

C

<i>Caballero Audaz</i> , Buscadora emociones.....	1.50
---La sin ventura.. ..	1.50
<i>Caboteau</i> , El rosario misterioso.....	1.50

Esta lista se continuará en la próxima edición.

Las obras indicadas, y las que constan en el Catálogo General, remitirá la Editorial a vuelta de correo si se le envía el importe en giro o cheque

Dirección postal: Editorial Tor

Río de Janeiro, 760. Buenos Aires, Argentina.

EDITORIAL ESPAÑA**OBRAS PUBLICADAS**

- Erich Ma. Remarque*: Sin Novedad en el Frente.
Manuel Menéndez Valdés: Siete Meses Condenado a Muerte.
León Trotski: Mis Peripeccias en España.
Rodolfo Llopi: Cómo se Forja un Pueblo. (La Rusia que yo he visto).
Hans Hentig: Robespierre (estudio psicoanalítico).
Ben Jonson: Volpone o El Zorro.
Martin S. Noel: España Vista Otra Vez.
Drs. Hernández Guerra y Ochoa de Albornoz: Elementos de Bioquímica.
Dr. Sebastián Recaséns: Radioterapia Ginecológica.

EN PRENSA

- Thornton Wilder*: El Puente de San Luis Rey.
Egon Wertheimer: El Laborismo Británico: Sus Hombres y sus Ideas.
Profesor Heller: Europa y el Fascismo.
Fernando de los Rios: El Estado Español como Estado Policía.
Hilaire Belloc: Danton.
Stefan Zweig: Fouché.
Lytton Strachey: Isabel y Essex.
Francis Hooker: El Rey Barba-Azul.
John Drakeater: Cromwell.
Marcel Brion: La Vida de Atila.
G. R. Tabouis: La Vida Privada de Tutankamen.
Jean Giraudoux: Siegfried.
Dr. Sebastián Recaséns: El Cáncer del Útero.
Dr. C. Proese: Trigemino-terapia.
Kerridge: Elementos de Química-Física.
Schenk & Guber: Elementos de Fisiología.
Dr. Jiménez Díaz: El Asma y Otras Enfermedades Alérgicas.
Dr. Crespo: La Angina del Pecho.
Dr. Arrese: Parásitos Intestinales.
Bertrand Russell: Vieja y Nueva Moral Sexual.

Pedidos contra reembolso, libre de gastos, a

EDITORIAL ESPAÑA

Concepción Arenal, 6. Madrid.

Usted debe suscribirse enseguida a la

Enciclopedia Gráfica

ES LA MEJOR,

LA MAS COMPLETA Y BARATA.

Verdadera maravilla del arte gráfico.

Pida usted en su librería cualquier fascículo de los publicados, que son los siguientes:

AVICULTURA, BARCELONA, CIVILIZACIÓN MAYA, FERROCARRILES, HISTORIA DE ESPAÑA, JAPON, MADRID, SEVILLA, CANARIAS, SEGOVIA, etc.

*Los 8 primeros forman el primer tomo de la **Enciclopedia Gráfica**. libro de 576 páginas y más de mil cien grabados, portentosamente reproducidos en huecogrado. El tomo, encuadernado elegantemente, en simil pasta española, se vende al increíble precio de Ptas. 15.*

*Están para salir los fascículos **Historia del Traje, La Mitología, Buenos Aires, Aborígenes de Suramérica, Las Flores, Motores, Zargoza, etc***

Precio del fascículo, edición corriente, ptas 1,25; números extraordinarios, ptas. 1,50, edición especial, respectivamente. Ptas, 2 y 2,50.

Precio del tomo de la edición especial, encuadernado en pasta española, ptas. 25.

Editorial Cervantes. AVENIDA ALFONSO, XIII 382.

BARCELONA, ESPAÑA